

KAINOS

UNA NUEVA MODALIDAD OPERATIVA DE INICIACIÓN CRISTIANA

Fabián Esparafita



KAINOS

UNA NUEVA MODALIDAD
OPERATIVA DE
INICIACIÓN CRISTIANA

Fabián Esparafita



Didajé

La *Didajé* o *Enseñanza de los Doce Apóstoles* es un breve documento catequético de los primeros cristianos, destinado probablemente a dar la primera instrucción a los neófitos o a los catecúmenos. En él se enumeran de forma clara y asequible a todos las normas morales, litúrgicas y disciplinares que han de guiar la conducta, la oración y la vida de los cristianos.

La **Colección Didajé** quiere ser un instrumento de ayuda a la iniciación cristiana y a la formación permanente de los cristianos actuales.

Fabián Esparafita

KAINOS. Una nueva modalidad operativa de iniciación cristiana. - 1ª ed. especial
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: PPC Cono Sur, 2017.

176 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-740-239-1

1. Religión . I. Título.

CDD 230

Título original: KAINOS. Una nueva modalidad operativa de iniciación cristiana

Autor: Fabián Esparafita

Dirección editorial: Francisco Javier Navarro

Coordinación editorial: Mario González Jurado

Edición: María Jesús García González

Maquetación: Mariela Camodeca

© 2017, Fabián Esparafita

© 2017, PPC Argentina S.A.

Primera edición en PPC Cono Sur: Buenos Aires, julio de 2017

ISBN 978-987-740-239-1

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, piso 2

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires • República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Esta tirada de 500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de julio de 2017 en
Latingráfica, Rocamora 4161 - Buenos Aires - Argentina

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

Renovemos el «entusiasmo evangelizador»

Es un gozo para mí poder presentar este libro, del bien reconocido padre Fabián Oscar Esparafita, que cuenta con una vasta experiencia en la catequesis y en lo pastoral.

En el acontecimiento de Aparecida los obispos latinoamericanos y caribeños invitamos a toda la Iglesia a asumir el desafío de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza (cf. DA 288), y esta obra, basada en la tesis de licenciatura del padre Fabián, nos brinda una valiosa reflexión catequística madurada desde la acción pastoral, que busca responder al llamado de la *Nueva evangelización*, a la que ninguno de nosotros debería mirar con indiferencia.

Siguiendo la enseñanza de la encíclica *Lumen fidei*, la primera encíclica de Francisco, escrita, como él dice, a «cuatro manos», junto a Benedicto XVI, papa emérito, la iniciación cristiana «no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando solo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios» (LF 41).

Está claro, como plantea el autor, que la iniciación a la vida cristiana es mucho más que la preparación inmediata a la recepción de algunos de los sacramentos vinculados a ella y que es una acción primereada por Dios y acompañada fraternalmente por *toda* la Iglesia (cf. EG 24; 169).

Cuánto desearía que quienes lean este «coloquio sobre la iniciación cristiana» se animen a prolongarlo con el autor, con otros catequistas, con sus pastores... y así juntos renovemos lo que el papa Francisco llama el «entusiasmo evangelizador»...

Confío a la Estrella de la nueva evangelización, a la Madre del Evangelio viviente, Señora de la Asunción, los frutos de este trabajo y le pido que con su intercesión maternal nos ayude a todos los miembros de la comunidad eclesial a renovar el «entusiasmo misionero» para que hagamos posible el nacimiento de un mundo nuevo. Es el Resucitado quien

nos dice, con una potencia que nos llena de inmensa confianza y de firmísima esperanza: «Yo hago nuevas todas las cosas. Con María avanzamos confiados hacia esta promesa» (cf. EG 288).

Agradezco este nuevo aporte y que todo sirva para el conocimiento y seguimiento de Jesucristo, el Señor, para que siendo sus convencidos discípulos, hagamos más creíble la Iglesia.

Mons. Rubén O. Frassia
Obispo de Avellaneda-Lanús
Avellaneda, 10 de junio de 2017

Ser cristianos es lo mejor que nos pasó en la vida, ser catequistas es casi lo mejor

Queridos hermanos catequistas:

Ser cristianos es lo mejor que nos pasó en la vida, ser catequistas es casi lo mejor.

Todos los que somos catequistas queremos poner en contacto con Cristo a nuestros catequizandos. Esto es así desde aquel día en Galilea cuando Jesús dijo a sus discípulos: “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado...”

Desde siempre la Iglesia ha buscado modos de realizar la Catequesis de Iniciación Cristiana, de lograr que sus hijos crezcan en la fe y la vida nueva de los discípulos de Jesús. El mundo contemporáneo, con sus múltiples cambios culturales, nos pone frente a nuevos desafíos, nos invita a buscar nuevas respuestas o las mismas de siempre de otro modo nuevo, diríamos que nos invita a *kaino*-respuestas.

Este libro que Fabián nos presenta hoy nos puede ayudar mucho en nuestra tarea catequística, puede ser de una enorme utilidad y por ello me alegro mucho de que haya salido a la luz. Tenemos una gran necesidad, no solamente de repensar nuestra catequesis de Iniciación, sino de realizar caminos concretos que nos puedan ayudar a dar respuesta a los nuevos desafíos. Esta es una respuesta posible, que se está realizando hoy y que puede ayudar grandemente a nuestra praxis pastoral. Los invito a leerla, a reflexionarla, a ponerla en práctica. Veremos así que es posible dar respuestas superadoras a tantas cuestiones, que es posible finalmente revitalizar nuestra catequesis.

Esta obra presenta primero una breve pero muy rica e interesante historia de la Iniciación Cristiana, tal como la Iglesia la ha realizado y entendido a lo largo de los siglos, respondiendo a las diferentes situaciones socio-culturales-religiosas con las que se ha encontrado.

Este marco histórico nos ayuda a entender que no “siempre se hizo así” como lo estamos haciendo ahora. También nos ayuda a imaginar nuevas respuestas a la situación contemporánea y enriquece nuestra catequesis.

Teniendo como horizonte la variedad y la sabiduría de las respuestas dadas por los que fueron catequistas antes que nosotros, Fabián nos propone un camino de Catequesis que llama Kaino-Catecumenal, camino que tiene características que se pueden ver en esta rica historia eclesial: progresividad, eclesialidad, pluridimensionalidad, profesión de fe, sacramentos, vida cristiana, oración.

Al mismo tiempo nos propone caminos para diferentes catequizandos, niños, jóvenes, adultos, con capacidades especiales. Toda esta propuesta está fundada sobre la realidad, partiendo no solamente de la historia de la Iniciación Cristiana a lo largo de los siglos, sino también de la concreta experiencia realizada durante los últimos 20 años por el mismo Fabián en diferentes comunidades parroquiales. Tiene, por eso mismo, el sabor de la experiencia vivida y realizada.

Confío que puedan aprovechar este libro como lo he aprovechado yo, y que les sirva para mejorar la vida catequética de ustedes y de sus comunidades parroquiales. Confío también que a partir de ello podamos ayudar a muchos hermanos nuestros a realizar mejor su Iniciación Cristiana, y de ese modo vivir mejor nuestra propia vida cristiana, hasta que nos encontremos con el Señor en el Reino de los Cielos.

Monseñor Nicolás Baisi
Obispo Auxiliar de La Plata
Miembro de la Comisión Episcopal
de Catequesis y Pastoral Bíblica

PRÓLOGO

Hacer posible, viable y fecundo el proceso de la iniciación cristiana

No me resultó fácil escribir estas líneas, quizás porque no es un prólogo a un libro, sino a un diálogo que fundamenta un proyecto pastoral catequístico.

Por eso, aprovecho una propuesta muy propia del papa Francisco que invita a sintetizar muchas veces los pensamientos en una idea, un sentimiento y una imagen (cf. EG 157).

Estamos ante una idea bien acabada de la iniciación cristiana, fruto de muchos años de estudio del padre Fabián Esparafita en el ámbito de la catequética. Pero una idea encarnada, con mucho barbecho y muchos años de estar buscando la mejor manera de hacer posible, viable y fecundo este proceso e itinerario de iniciación cristiana en los niños, jóvenes y adultos, con capacidades ordinarias o especiales —como dice él mismo en su coloquio—. Idea integradora, donde la catequesis es tarea de todos. Un todo que abarca la comunidad cristiana, el sacerdote, los catequistas, los padres... un todo que abarca la Palabra, la liturgia, la tradición, el catecismo, la vida de la Iglesia y sobre todo la experiencia cotidiana de aquellos que están llamados a crecer integralmente en la fe.

El sentimiento me resulta muy fácil expresarlo. Lo tuve desde el primer momento en que el padre Fabián me invitó a escribir unas líneas a modo de prólogo. Y es el sentimiento de gratitud. Primero por la pasión que denota todo este trabajo: pasión eclesial, catequística, vital, que se evidencia a lo largo de todos los instrumentos que ofrece a modo de colección.

Gratitud también porque se respira en el trabajo mucha búsqueda y novedad, ganas de proponer caminos nuevos para que, como dice el documento de Aparecida, la iniciación cristiana tenga una impronta kerigmática que permita el contacto real con el Señor y suscite el discipulado (cf. DA 268).

Gratitud finalmente porque en tiempos de cultura líquida y pensamiento débil, el autor hace evidente que vive aquello que nos dice el apóstol

Pablo en la carta a los Romanos: «La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, es decir la palabra de la fe que nosotros predicamos. Porque si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado» (Rom 10,9-10). Es una reflexión madurada en la interacción de una comunidad de catequistas creyentes que desean contagiar la alegría de lo que creen e intentan vivir.

La imagen la tomo del mismo Francisco: el poliedro. Término que se utiliza para designar a aquellas figuras geométricas tridimensionales que están compuestas por varias caras o facetas. Algo propio del poliedro es que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices.

Este itinerario catequístico, llamado Kainos por el padre Fabián Esparafa, es muy rico, muy abarcador, sumamente pródigo en desarrollo de temas y recursos. Pero no quiere ser una hoja de ruta que supla el acto mediador del catequista y de la comunidad que ha de servirse de los materiales que ofrece... No invita a la recepción pasiva del material y la puesta acrítica de sus contenidos. ¡Todo lo contrario!

Es un instrumento —sumamente valioso— para acompañar y facilitar el camino de aquel que, lejos de ser un repetidor de fórmulas vacías, vive profundamente su vocación única e irrepetible de ser catequista.

Agradeciendo de corazón a quienes han hecho posible esta obra catequística, le pedimos a la Virgen Madre que podamos todos servirnos de él, con el espíritu que el papa Francisco nos exhorta permanentemente en una Iglesia en salida:

«Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Así se lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: “No temáis, porque os traigo una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo” (Lc 2,10). El Apocalipsis se refiere a «una Buena Noticia, la eterna, la que él debía anunciar a los habitantes de la tierra, a toda nación, familia, lengua y pueblo (Ap 14,6)» (EG 23).

Pbro. Alejandro J. Puiggari
Rector del ISCA

La propuesta kaino-catecumenal

«El educador ha de situarse más allá de la perplejidad que paraliza la convicción, y más acá de la certeza que impide la búsqueda. (...) No conozco nada grande en el ámbito educativo que haya nacido de la apocalíptica, ni nada positivo que sea generado por la desesperanza. (...) ¡Hacer camino con un educador desesperanzado es la peor desgracia que le puede suceder a un sujeto frágil! Aunque las oportunidades de un momento concreto haya que descubrirlas a través del ojo de una cerradura, el educador tendrá que recordar que “por causa de los desesperanzados se nos entregó la esperanza” (Benjamin)» (J. GARCÍA ROCA, *Las constelaciones de los jóvenes. Síntomas, oportunidades y eclipses*, Cristianisme i justícia, Barcelona 1994, 38).

Es una alegría poder presentar esta nueva obra del padre Fabián. Lo conozco hace más de 30 años y he compartido con él muchos de sus sueños y esfuerzos por llevar la Buena Noticia a tiempo y a destiempo. En su tarea como sacerdote, párroco y director de Catequesis diocesano y luego nacional, ha ido adquiriendo una experiencia que se ha enriquecido en el contacto con catequistas de realidades tan diversas como valiosas de todo el país. Todo para la mayor gloria de Dios y para que el hombre de nuestro tiempo halle el sentido que lo conduzca a la única felicidad que nada ni nadie podrá arrebatarse.

Somos testigos y protagonistas de un cambio de época, con lo relativo e inestable que suele distinguir estos tiempos de peregrinaje de un tiempo a otro de la historia, tiempos de otear el horizonte y discernir las huellas de Dios, los signos de los tiempos. La propuesta *kaino-catecumenal* que nos ofrece el padre Fabián parece constituirse en un espacio de diálogo entre autor y lector, situado en estas circunstancias históricas y culturales; así está escrito y así lo requiere lo ambicioso de la propuesta. El lector no se coloca en una actitud pasiva de mero receptor, por el contrario, se constituye en interlocutor en una búsqueda común que brota de la reflexión pero sobre todo del hacer catequístico cotidiano.

La primera parte nos ofrece una síntesis histórica que nos permite seguir, a grandes rasgos, la evolución y transformaciones de la iniciación

cristiana a lo largo de los siglos. Ese mismo recorrido nos permite rescatar lo esencial y evidenciar las posibles desviaciones o inadecuaciones.

La segunda parte (no sigo los capítulos) desarrolla los fundamentos y el marco en el que debería ser asumido este proyecto, titulado por él, *Kainos*. En su desarrollo descubrimos lo que podríamos definir como una «recepción creativa, desde la catequesis, del espíritu del Concilio Vaticano II y el Magisterio actual del papa Francisco». Si bien el acento está puesto en la iniciación cristiana, es meritorio ubicarla en el marco más amplio del itinerario catequístico permanente y de una pastoral orgánica e integral.

Una convicción, me consta, que lo ha animado en su vida. La conciencia de saber que somos peregrinos pero que no estamos perdidos porque nos guía una certeza que brota de la fe: «Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será para siempre» (Heb 13,8). Espero que su obra sea recibida con la misma pasión con la que fue escrita y enriquezca la labor de tantos catequistas anónimos que a lo largo y a lo ancho de nuestra patria cada semana salen a trabajar en los campos del Señor y a trabajar por el Reino.

Pbro. Lic. Ricardo Montiel
Director Diocesano de Catequesis Avellaneda-Lanús

INTRODUCCIÓN

¡VAMOS A PESCAR!

Quienes hemos vivido la apasionante alegría de encontrarnos con Jesús —usando palabras de otros discípulos— «no podemos callar lo que hemos visto y oído» y es eso lo que anunciamos de distintas maneras para que muchos hermanos más puedan conocer y disfrutar del inmenso amor de Dios que se nos ha manifestado misericordiosamente en la vida, en los gestos, en la persona del mismo Jesús, a quien proclamamos como nuestro Dios, Salvador y Maestro a quien queremos conocer cada día más, amar con fervor y seguir con decisión renovada...

Esta serena y luminosa convicción ha convertido nuestra vida, y la de tantos hermanos a lo largo de la historia, en irradiación evangelizadora incontenible y contagiosa...

Es cierto que esta inquietud surge del mandato misionero de Jesús antes de volver al Padre, enviando a toda su comunidad a llevar hasta los confines del mundo la Buena Noticia de la Salvación que en Él hemos alcanzado... pero me ha tocado vivir un momento de la historia en la que particularmente la inquietud de los pastores que he conocido (tengan en cuenta que he nacido poco antes de la convocatoria al acontecimiento eclesial vivido en torno al Concilio Vaticano II) ha vuelto a destacar la urgencia de asumir este desafío misionero.

Desde san Juan XXIII, convocando aquel concilio para que se renovara el aire que respiraba el mundo y la Iglesia en él, de tal manera que la *Iglesia* trocara su imagen de *museo de antigüedades en jardín hermoso y armónicamente florido*; una Iglesia que cultivara el lenguaje de los hombres de su tiempo para ser verdaderamente *Madre y Maestra* y su presencia en el mundo fuera germen de *paz* para todos los hombres de buena voluntad...

Pasando por la sucesión en Pablo VI, haciéndose cargo del timón dejado por su predecesor y prolongando la profundización de la tarea iniciada...

Aquel beato Pontífice quería que el Concilio ayudara a toda la Iglesia y a cada uno de sus miembros a tomar mejor conciencia del misterio divino que la engendra, la conforma y la envía; que alentara a la Comunidad Católica a realizar los cambios que desde esta luminosa conciencia alcanzada la hiciera más fiel al plan salvífico de Dios, una Iglesia que se renovara por la conversión personal y sincera de sus miembros y que se animara con fervor y humildad a compartir con el mundo la verdad salvadora, de la que es testigo, asumiendo el estilo evangelizador de Jesús, encarnando las admirables características del diálogo de salvación entablado por Dios con todos los hombres a lo largo de la historia (ES 29).

Desde mi infancia y adolescencia he contemplado cómo esta Iglesia, no sin marchas y contramarchas, ha querido vivir este desafío evangelizador... Medellín, Puebla, a nivel latinoamericano; el famoso documento de San Miguel, el *Primer Plan Nacional de Pastoral* (de la Conferencia Episcopal Argentina), y tantos sínodos promovidos en las distintas diócesis, nos mostraban el corazón apasionado de tantos pastores y laicos que se disponían a vivir en carne propia, con entusiasmo y en comunión, la aventura evangelizadora de Jesús...

La realidad sociocultural del mundo y de nuestras comunidades en particular fue cambiando y la Iglesia, en el afán de acompañar esos cambios, no dejó de renovar su llamado a continuar la tarea encomendada por su Señor...

El entusiasmo revivido en cada evento convocado favorecía en los participantes una revitalización de los sueños y expectativas suscitadas por el Concilio Vaticano II en toda la Iglesia y actualizadas por numerosos pastores, laicos, catequistas, evangelizadores... Diferentes vaivenes socio-políticos, vividos en nuestro derredor, nublaron un ejercicio integral de la evangelización y, por distintos motivos, este dinamismo palpitado tan intensamente en cada encuentro no llegó con la misma intensidad a los capilares de nuestras comunidades en su vida ordinaria...

En mi juvenil entusiasmo apostólico, en plena etapa de discernimiento vocacional, me cautivó, y sin duda a toda la comunidad eclesial, la breve pero impactante sonrisa de Juan Pablo I y el dinámico ejercicio ministerial de san Juan Pablo II, que llamaba con sus gestos, palabras y acciones a asumir el desafío de una nueva evangelización... «nueva en su

ardor, en sus métodos, en su expresión»¹. Confirmado con vehemencia en tierra argentina: «¡Cuán necesario y urgente es ofrecer al mundo de hoy el testimonio de una Iglesia-comunión, animada por el Espíritu Santo, comprometida toda ella en una nueva evangelización!»².

Cuántas iniciativas pastorales, cuántas perspectivas misioneras dinamizaron la vida pastoral de nuestras comunidades por esos tiempos...

En particular, en torno a este diálogo que pretendo entablar con mis hermanos lectores, quisiera destacar la conciencia y ejercicio evangelizador de tantos y tantas catequistas que a lo largo y ancho de nuestro país ensayaron propuestas que afianzaban el anuncio y la reflexión del Evangelio a través de diversos modos de catequesis familiar ayudando así a iniciar en la vida de la fe a los más pequeños y renovar la propia, padres y familiares más cercanos; y por esos días del Segundo Congreso Catequístico Nacional, desarrollado en Rosario, cómo no destacar el deseo fervoroso de promover el itinerario catequístico permanente en las comunidades eclesiales como respuesta a las exigencias de una nueva evangelización (JEP 54).

No había pasado un lustro y el episcopado argentino suscitaba un nuevo empuje con las *Líneas pastorales para la nueva evangelización* que se recibieron y vivieron como un impulso apostólico capaz de «orientar, en nuestra patria, una misión evangelizadora nueva, más orgánica y vigorosa» (LPNE 5).

En ellas se invitaba a nuestros catequistas a cultivar la creatividad para buscar las maneras más aptas que hicieran posible a todos gozar de una catequesis de iniciación cristiana integral (LNE 53).

Ahora bien, de la utopía planteada a la praxis pastoral desarrollada en nuestras comunidades por esos mismos tiempos ha habido singulares diferencias, sin embargo podemos reconocer que la constante a lo largo de ese tiempo ha sido la preocupación por responder de un modo vivamente evangelizador a los cambios que se enfrentaban...

Los Sínodos continentales y el mismo acontecimiento del Gran Jubileo por el segundo milenio del cristianismo reconocieron y propusieron una

¹ JUAN PABLO II, Discurso a la XIX Asamblea del CELAM, 3, Haití 1983.

² *Ibid.*

nueva etapa en el camino evangelizador de la Iglesia, una nueva etapa marcada por la desafiante invitación de Jesús, que entonces hacía propia san Juan Pablo II: *Duc in altum*.

Se nos invitaba a toda la Iglesia a dejar las desalentadoras, aunque cómodas, seguridades de la orilla y adentrarnos, con coraje y audacia, en las profundidades del mundo para anunciar con alegría y gratitud las «maravillas» que Dios ha realizado por nosotros... (cf. NMI 1-2).

Una vez más, la crisis sociocultural de principio de siglo en nuestro país sería una oportunidad de poner en práctica lo insinuado en aquellas LPNE³, de tal modo que, «frente a la crítica situación del país, elegimos la Nueva Evangelización como la mejor contribución que la Iglesia puede realizar para superarla» (NMA 1).

La Iglesia, a la vez que proponía al Pueblo argentino la oración (*Jesucristo, Señor de la historia...*), promovía y participaba, con miembros idóneos, de la *Mesa del diálogo* y presentaba con lenguaje coloquial las *Bases para la reforma: Principales consensos*. Se insistía, por entonces, en la necesidad de impulsar en el pueblo cristiano las actitudes propias de ciudadanos responsables porque «no podemos ser peregrinos del cielo, si vivimos como fugitivos de la ciudad terrena». Conscientes de su misión, los obispos argentinos recordaban que «la tarea de la Iglesia se orienta a llamar a todos a alcanzar la santidad en plenitud. Tal plenitud se va edificando por medio de los sacramentos de iniciación cristiana» (cf. NMA 73).

La tarea evangelizadora, que en el continente había recibido numerosos impulsos, ya con ocasión del V Centenario de la Evangelización y del mismo Gran Jubileo, recibiría en Aparecida un fuerte y renovado estímulo.

Los obispos latinoamericanos y caribeños, reunidos en la V Conferencia del CELAM, desde una mirada creyente y misericordiosa contemplaron como discípulos de Jesucristo las diferentes realidades de nuestras comunidades, y al discernir en espíritu de oración y disponibilidad las

³ «...la predicación de la fe (evangelización) y la tarea de promoción de la dignidad humana (justicia, derechos, etc.), nunca han de ser presentadas de forma dissociada, como si configurasen dos líneas paralelas en la misión de la Iglesia. Han de ser testimoniadas y proclamadas como pertenecientes ambas a la misma y única misión evangelizadora. Ambas son formas de «evangelización», justamente por el hecho de que en el interior de la fe y de los valores teológicos está potencialmente afirmada la dignidad del hombre» (LPNE 22).

mociones e iniciativas que el Señor suscitaba en su Iglesia convocaron a todos los miembros de la comunidad americana a sumarse activamente en la *misión continental y permanente*...

Una luminosa conciencia se renovará entre los católicos de nuestro continente: no se es discípulo y misionero de Jesucristo por organizar «eventos apostólicos» en algunos lugares, de vez en cuando, sino viviendo en comunión, *todos y en todo* el continente, en estado de misión permanente y habitual; considerada la misión no como una estrategia programática y ocasional sino como un estilo de vida ordinario y paradigmático...

Desde esta perspectiva, nuestros pastores, al contemplar la vida y misión de los discípulos latinoamericanos y caribeños advertirán la dolorosa realidad de un alto porcentaje de católicos que padecen una identidad cristiana débil y vulnerable reconociendo que una de las causas de esta situación se halla en que han vivido una iniciación cristiana *pobre y fragmentada* (cf. DA 286-287).

Si se quiere desarrollar aquella propuesta misionera continental habrá que asumir un *gran* desafío, una *tarea irrenunciable* que exigirá *decisión, valentía y creatividad*, pues se trata de superar la etapa de los diagnósticos teóricos y ensayar propuestas que pasen de las palabras a los hechos se trata de «ofrecer una *modalidad operativa de iniciación cristiana* que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza».

Es la conclusión de este párrafo el que justifica nuestro esfuerzo creativo, nuestra audacia catequística, pues queremos encarnar su contenido en todos los sentidos posibles de comprensión. Quienes participamos del proyecto Kainos estamos convencidos de que proponiendo estas iniciativas al servicio de toda la comunidad eclesial, los catequistas abocados a la iniciación cristiana, empapándonos del estilo de Jesús, profundizando en el conocimiento de lo realizado por otros hermanos, ensayando metodologías que promuevan la comunión y participación de los otros miembros de la comunidad, aportando lo propio y genuino del colorido pastoral de los lugares donde los desarrollamos y con quienes lo hacemos, somos catequistas que «*asumimos* el desafío de una nueva evangelización, a la que hemos sido reiteradamente convocados» (cf. DA 286-287. El subrayado es mío).

Notarán que no uso el verbo en futuro imperfecto de indicativo como expresión de un deseo (indicando una intención imperativa hacia los oyentes), sino el presente, porque me consta el esfuerzo real, la creatividad cotidiana, el entusiasmo ordinario vivido extraordinariamente por tantos hermanos que han enriquecido con su experiencia y aporte esta propuesta que quiere llegar a muchos más...

Cuánto desearíamos poder contribuir a la concreción de ese otro deseo planteado por nuestros obispos y que mueve mi corazón a compartir, con cuantos quieran oír y animarse a ensayar, un nuevo estilo de iniciación a la vida cristiana:

«Asumir esta iniciación cristiana exige no solo una renovación de modalidad catequística de la parroquia. Proponemos que el proceso catequístico formativo adoptado por la Iglesia para la iniciación cristiana sea asumido en todo el Continente como la manera ordinaria e indispensable de introducir en la vida cristiana, y como la catequesis básica y fundamental. Después, vendrá la catequesis permanente que continúa el proceso de maduración en la fe, en la que se debe incorporar un discernimiento vocacional y la iluminación para proyectos personales de vida» (DA 294).

He aquí lo que apasiona nuestro corazón: ¡Evangelizar! Al punto de experimentar como san Pablo, ¡*Ay de mí si no evangelizara!* Si nos ocupamos de considerar el *qué, cómo, quién y dónde* de la iniciación cristiana es porque nuestro corazón, enamorado de Jesús, quiere «acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas» (cf. EG 44) que nos son confiadas en nuestras comunidades ya como catecúmenos o como catequizandos, sean estas niños, jóvenes o adultos, con capacidades ordinarias o especiales... A todos ellos queremos anunciarles, con renovado entusiasmo, el kerigma, la sanadora novedad de su amor inquebrantable, la luminosa alegría de su maravillosa misericordia, la fraterna cercanía de Dios hecho hombre...

El proyecto Kainos es un intento sencillo y austero que pretende responder y poner en marcha las iniciativas, sugerencias y enseñanzas de nuestros obispos, con la enriquecida creatividad de numerosos catequistas que han colaborado desde su experiencia y ejercicio pastoral a lo largo de estos años (más de veinte) y la idónea colaboración de ilustradores, diseñadores y comunicadores, todos apasionados por evangelizar... todos enamorados de Jesús, todos servidores de su comunidad eclesial,

cada uno según el lugar que nos ocupa en este servicio, cada uno dispuesto a acompañar a quien o quienes les/nos son confiados en nuestras comunidades para ser iniciadas en la fe o para completar su itinerario de iniciación; todos y cada uno encarnando aquellas actitudes propias del evangelizador de estos tiempos: «cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena» (cf. EG 165).

Al presentarles este proyecto quisiera, en *primer lugar*, proponerles una reflexión en torno a la historia de la iniciación cristiana, ya que, como advierte el mismo Catecismo, de esto se ocupa la Iglesia «desde los tiempos apostólicos» (CEC 1229).

No pretendo aburrirlos con datos de otro tiempo o anécdotas de antaño que simplemente pudieran justificar o refutar propuestas de nuestro tiempo, sino que intentaré contemplar con ustedes los modos y las circunstancias que rodearon las propuestas de otros hermanos nuestros que acogieron el desafío de evangelizar, iniciando en la vida cristiana a otros que les eran confiados: cómo lo hacían, qué priorizaban, cuánto tiempo dedicaban y para qué, qué resultados obtenían y qué esperaban lograr...

Solo anticipo en esta introducción lo que destaca el mismo Catecismo: algo que podríamos reconocer como una constante a lo largo de la historia...

Por un lado, este momento del proceso evangelizador se vive como un *itinerario*, recorrido o desarrollado a diferentes ritmos, a veces lento y otras rápidamente; los motivos de estas variaciones, ya veremos, son múltiples. Sin embargo a lo largo de este camino se transitaron etapas que, aunque variaron en su orden y duración según las circunstancias socio-eclesiales de cada época, estuvieron articuladas en y con dos grandes elementos: la *Palabra* —anuncio, acogida y proclamación— y los *Sacramentos* —Bautismo; efusión del Espíritu (confirmación o crismación) y Eucaristía bautismal (primera comunión)—.

En el primer capítulo les propondré detenernos en la consideración del *qué* de la iniciación cristiana. No pretendo en esta ocasión detenerme solo en su consideración dogmática como un *gran sacramento* para teorizar sobre teología sacramental —que sin duda me interesaría hacerlo—, sino la de ayudarles a comprender las repercusiones pastorales que surgen de la contemplación de esta primera participación sacramental que el creyente tiene del misterio pascual.

Un misterio en el que Dios nos primerea, porque sale a nuestro encuentro, porque es Él el que quiere que todos los hombres disfruten de su feliz salvación, porque es Él el que toma la iniciativa de amarnos, de llamarnos, de invitarnos, de esperarnos...

Intentaré ahondar en las consecuencias existenciales que tiene este momento *memorial* en el que participamos con distintos grados de conciencia y responsabilidad a lo largo de nuestra vida.

Siguiendo la perspectiva de la modalidad operativa que plantea el documento conclusivo de la V Conferencia les propondré, a continuación, detenernos en las consideraciones acerca de quién o quiénes se ocupan o habrían de ocuparse o involucrarse en este proceso evangelizador en el que se ponen las bases, los fundamentos, sobre los cuales el discípulo misionero es consolidado en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo.

Sin duda nuestra primera imagen es la del catequista o catequistas al frente de un grupo, sea de niños, de jóvenes, o de adultos, con capacidades ordinarias o especiales, pero ¿es solo una ocupación de los catequistas?

Tal vez alguno podría pensar que, como se trata de la preparación para algún sacramento, son ellos los principales responsables... Ya en un planteo como este es defectuosa la misma presunción... porque en la iniciación cristiana no preparamos solo para recibir algún sacramento... Pero en su momento nos detendremos en ese punto...

Como les he planteado desde el primer momento –y, a lo largo de toda esta propuesta lo podrán reconocer–, es Dios el que toma la iniciativa y por tanto Él es quien principalmente se involucra en la seducción, atracción y enamoramiento de aquellos a quienes llama, a quienes perdona sus fragilidades, a quienes redime ofreciendo su propia vida, a quienes nunca se cansa de invitar a disfrutar de su amor... Por tanto el primer *quién* de este itinerario es Dios.

Sin duda que no será solamente Él quien ocupe nuestra consideración del *Quién* sino también cada uno de los que son tocados por este amor, cada uno de los que son convocados en su seguimiento. Insisto en la expresión *cada uno* porque si bien consideraremos ciertas características comunes en los interlocutores, los animadores pastorales de cada momento evangelizador deberemos considerar a la persona en particular que está ante

nosotros, su edad, sus vínculos, sus motivaciones, sus circunstancias existenciales, familiares, comunitarias...

Además, un lugar no menor en la consideración del *quién* lo ocupa la misma Iglesia, ya que es ella, destinataria del mandato pascual-evangelizador, quien anuncia infatigablemente la Buena Noticia de Jesús, invita a seguirlo y a compartir su vida, acompaña en su discernimiento a quienes responden positivamente o se disponen a hacerlo, ayuda a comprender progresivamente el misterio de su Señor, según las disposiciones y posibilidades de los que participan en este diálogo evangelizador, pastorea a quienes crecen en el seguimiento discipular de Jesús y los prepara para prolongar su misión.

Dentro de la comunidad eclesial hay responsabilidades diferentes que involucran a los diversos miembros según las etapas y los momentos en los que intervienen.

La metodología que implica el desarrollo de las distintas etapas de la iniciación cristiana nos permitirá considerar, en cuarto lugar, el *cómo* de esta modalidad operativa que se propone llevar a cabo el proyecto Kainos.

No se trata de proponer una serie de dinámicas que puedan hacer más atractivas las prácticas catequísticas o algunos juegos que puedan hacer más entretenidos los encuentros, sino de contemplar la pedagogía de Dios para desarrollarla en nuestro modo de acompañar a quienes nos son confiados para ser iniciados en la vida cristiana, trataremos de comprender el estilo evangelizador de Jesús para asumirlo en nuestra misión como catequistas.

Los *lugares* en los que se desarrollan estos itinerarios de iniciación (y lo digo en plural para recordarnos la multiplicidad de interlocutores a los que acompañamos –niños, jóvenes, adultos– y la variedad de circunstancias que los rodean) nos permitirán referirnos, en el capítulo cuarto de este coloquio, al *dónde* de esta modalidad operativa soñada, propuesta y ensayada en el proyecto Kainos.

Numerosos documentos del magisterio universal, continental, nacional, destacan que la comunidad cristiana es origen, lugar y meta de la iniciación cristiana, en un dinamismo no críptico (que pretenda encerrar a quienes participan de los diversos itinerarios), sino misionero, de salida evangelizadora.

Particularmente el documento conclusivo de Aparecida destaca como lugar principal para el desarrollo de estos itinerarios de iniciación a la parroquia, por ser ella *comunidad de comunidades y movimientos*.

Comunidad que ha de asegurar la iniciación cristiana y que debe asumir como tareas irrenunciables: *acompañar* en la vida cristiana a los adultos bautizados y no suficientemente evangelizados para que renueven su respuesta al Señor y completen su iniciación; *educar* en la fe a los niños bautizados, en un proceso que los lleve a completar su iniciación a la vida cristiana e *iniciar* a los no bautizados que, habiendo acogido el kerigma, quieren abrazar la fe (cf. DA 293).

Otros lugares vinculados con la parroquia, y tal como fueron planteados y se ven reflejados en los ECOS del tercer Congreso Catequístico realizado en Morón, son la familia, las comunidades escolares, las comunidades eclesiales de base, los santuarios, los movimientos e instituciones...

Somos conscientes de que la reflexión propuesta a lo largo de nuestro coloquio podrá aportarnos nuevas perspectivas, o profundizar las que ya tenemos en cuenta; sin embargo para desarrollar activa y coherentemente estas iniciativas hará falta asumir la ardua tarea de revisar y rediseñar nuestra praxis pastoral con decisión firme y convicción persuasiva, pues no depende de uno o más evangelizadores que reconozcamos la validez e importancia de lo compartido en estas líneas sino suscitar en las comunidades eclesiales, y en la nuestra en particular, una saludable inquietud que nos lleve a todos los miembros (pastores, catequistas, misioneros, líderes de grupos, colaboradores y voluntarios de los distintos servicios... a todos los que formamos las comunidades) a discernir cómo desarrollar, y de hecho poner en práctica, una pastoral catequística con renovado dinamismo misionero.

Los doce volúmenes que conforman el paquete inicial de recursos para desarrollar en familia la iniciación cristiana de niños quieren aplicar dinámicamente en la práctica de los encuentros catequísticos lo que aquí serenamente reflexionamos.

En todo diálogo, uno toma la iniciativa y el interlocutor interviene de diversas maneras. ¡Cuánto desearía que la iniciativa propuesta en estas reflexiones y en cada uno de los recursos que la acompañan suscitara en ustedes, queridos hermanos lectores, el deseo de involucrarse con comentarios, interrogantes, diferencias, aportes!

¡Vamos! La indiferencia no construye, los aportes nos enriquecen, las diferencias compartidas en comunión nos complementan. ¡Vamos! Reflexionemos juntos, contemplemos a Jesús resucitado que, una vez más, sabe de nuestro cansancio y de nuestra sensación de infecundidad... ¡Vamos! Él nos vuelve a invitar a dejar la comodidad de la orilla y adentrarnos con coraje *mar adentro*... ¡Vamos! Empecemos a sumar y llamar a muchos más hermanos porque la pesca será desbordante... ¡Vamos! Es el Señor y es él quien quiere compartir su Vida plena, digna y feliz con todos los que nos rodean... ¡VAMOS!

1

DESDE LOS TIEMPOS APOSTÓLICOS

Tal como lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica, «desde los tiempos apostólicos, para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas...» (CEC 1229). La primera expresión nos permite reconocer que tratar este tema no es una cuestión de moda, ni la locura de algunos teóricos de escritorio, ni un nuevo entretenimiento para justificar cursos, encuentros o talleres; no es tampoco un novedoso ensayo del laboratorio pastoral de expertos de dudosa idoneidad... Es la tarea evangelizadora que desde las primeras comunidades apostólicas ha ido desarrollando la misma Iglesia considerando diversos modos de acompañar a quienes el anuncio del kerigma suscitaba el deseo de sumarse a la comunidad de discípulos misioneros de Jesús, y cómo esta misma Iglesia, atendiendo a las circunstancias de sus interlocutores, adaptó los ritmos, la conformación de esas etapas y los gestos celebrativos que le permitían expresar litúrgicamente la participación sacramental de quienes eran iniciados en la vida cristiana e insertos en la vida comunitaria, eclesial, evangelizadora...

Si bien la expresión *Iniciación Cristiana* no es usada en todo el Nuevo Testamento, sin embargo sí aparece referido un *proceso* por el cual quienes tienen cierta inquietud por el misterio del Señor Jesús van asumiendo para sí el proyecto de esta Vida Nueva que Él propone, se transforman interiormente por la conversión y la fe y se incorporan y participan plenamente, con distintos gestos y acciones rituales, del misterio de Cristo y de su Iglesia.

Les propongo contemplar uno de los primeros modos que nos refiere el Evangelio acerca de cómo entendieron y pusieron en práctica aquel mandato misionero de Jesús «Vayan y anuncien»...

Me refiero a la predicación de Pedro en Pentecostés, y lo que suscita en aquellos visitantes procedentes de todas partes, quienes conmovidos por sus palabras, preguntan: «¿Qué debemos hacer?», a lo cual Pedro responde: «Conviértanse y háganse bautizar en el nombre de Jesucristo para que les sean perdonados los pecados, y así recibirán el don del Espíritu Santo» (cf. Hch 2,38).

Ante esa propuesta nos advierte quien nos predica aquel acontecimiento que «los que recibieron su palabra se hicieron bautizar; y ese día se unieron a ellos alrededor de tres mil». Pero no termina allí la secuencia ya que inmediatamente después se nos relata la vida habitual de aquellos discípulos en la que «todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. [...] Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse» (Hch 2,42-47).

En síntesis podríamos decir que la comprensión que la Iglesia primitiva tiene del mandato misionero de Jesús supone la predicación kerigmática del Evangelio de Jesús, la llamada o invitación a la *conversión* y la propuesta de sumergirse sacramentalmente en ese misterio —la palabra *bautismo* tiene ese significado— para participar dinámicamente de la Vida Nueva que Jesús ofrece, esto es creciendo en el amor a Él, en su conocimiento y seguimiento comunitario...

Así lo vivieron, con diversos matices, las comunidades a lo largo de los primeros siete siglos (aproximadamente) de la Iglesia.

1 ESTILO CATECUMENAL

A lo largo de este tiempo se articula un estilo de iniciación cristiana que podríamos llamar *catecumenal* por el acento y prestigio que adquiere el *catecumenado* como momento clave de este proceso evangelizador.

Este estilo podríamos decir que encarna aquella célebre expresión de Tertuliano, quien sostenía que «cristiano no se nace, sino que se hace» (*Apologeticus* XVIII). A lo largo de estos primeros años se estructura, según se puede observar en el testimonio de los textos del Nuevo Testamento, una cierta *trilogía sincrónica* en el devenir cristiano: predicación

del kerigma, respuesta por la fe-conversión de quienes lo acogen y participación comunitaria en la experiencia sacramental.

Recordemos que estos primeros pasos de la evangelización se desarrollan ante una sociedad y culturas *paganas*, que descubren u oyen hablar de este Dios desconocido predicado por los seguidores de Jesús, el Nazareno Resucitado.

La mirada y atención estará puesta *prioritariamente* en los adultos, a quienes para hacerse cristianos se les propondrá un itinerario complejo, multiforme, dilatado en el tiempo, para garantizar la seriedad de su conversión y formar los espíritus en el conocimiento de las Escrituras y en la estimulación de costumbres inspiradas en ellas. La celebración sacramental estará precedida de la aceptación explícita y libre de la fe en Cristo.

Decimos que la mirada está puesta prioritariamente, no exclusivamente, en los adultos. Es notorio que, como advierte la misma Sagrada Escritura, desde el comienzo se incluyó sin cuestionamientos a «toda la familia», lo que implica por un lado que la cuestión de las edades y vínculos no suscitaban ningún cuestionamiento en particular; y por otro que se entendía existencialmente que la experiencia de encuentro con el Resucitado involucraba y transformaba la vida ordinaria familiar.

A medida que avanzaba la experiencia evangelizadora de la Iglesia, si bien con diversos matices, según el origen y el momento de las comunidades, el estilo catecumenal desarrollado en este período se fue estructurando en cuatro etapas que se transitaban conforme al discernimiento de los responsables:

En una *primera etapa* transcurría el *precatecumenado*: momento kerigmático o de primera evangelización, que servía para madurar y reafirmar una orientación inicial hacia Cristo. Si los participantes confirmaban su deseo de profundizar en el misterio de Cristo y sus intenciones eran atestiguadas por los «catequistas», que los apadrinaban en esa etapa, entonces eran invitados a ingresar en la *etapa siguiente*.

El *catecumenado*, fase intensa de formación cristiana integral, de serena reflexión que tenía una duración prolongada —unos tres años— para profundizar en el misterio de Jesús y su Evangelio y las repercusiones existenciales que implicaba su seguimiento... Más de una vez durante

esta etapa –recordemos sobre todo aquellos primeros tiempos de persecución– el martirio era el modo de confirmar su respuesta a la Buena Noticia de Jesús.

Si se desarrollaba normalmente, al término de este período, participaban de una *tercera etapa ritual*, que implicaba una *preparación inmediata* de catequesis y ritos previos, desarrollada con más intensidad durante la última cuaresma, en la que tenía un lugar de preeminencia la figura del obispo y la *celebración unitaria* de los tres sacramentos de la iniciación, en torno a la Vigilia Pascual.

Finalmente se desarrollaba un *momento mistagógico*, que permitía a los neófitos profundizar aún más en las consecuencias vitales de los misterios conmemorados a partir de los gestos sacramentales celebrados.

Dos testimonios nos permitirán ilustrar estos comentarios: uno, entre los que son llamados *padres griegos*, extraído de una homilía de san Cirilo de Jerusalén (313-386), y otro, de entre los *padres latinos*, tomado de una homilía de san Agustín de Hipona (354-430). En ambos casos hablan a los neófitos procurando ayudarlos a profundizar en el don recibido.

En el caso de san Cirilo, les destaca la importancia de estos días de mistagogia y el plan que se propone seguir...

«Después del santo y saludable día de Pascua, a partir del segundo día después del sábado si vienen durante todos los días de la semana, después de la liturgia, al lugar santo de la resurrección, si Dios quiere, recibirán catequesis; en las cuales aprenderán las razones y las causas de las cosas que se hicieron [en ustedes]; tomando las pruebas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento» (*Catechesis* XVIII, 33).

«Primero de lo que se hizo antes del bautismo; luego de qué modo fueron purificados de los pecados por el Señor “con el lavado del agua por la palabra”; después de cómo has adquirido el derecho a que te llamen Cristo en virtud de tu sacerdocio; luego, de cómo has recibido el “sello” de amistad con el Espíritu Santo; luego sobre los misterios del altar del Nuevo Testamento que tuvieron su origen aquí, lo que la Escritura dice de ellos, y de la potestad que encierran; luego, teniendo acceso a ellos, cuándo y cómo recibirlos; y finalmente cómo has de vivir el tiempo subsiguiente, con dignidad, conforme a la gracia que has recibido, tanto de palabra como de obra, de modo que puedas alcanzar la vida eterna. Así, si Dios quiere, se les explicará a ustedes» (*Ibid.*, III, 10).

En el caso de san Agustín, partiendo de la Eucaristía, momento culminante, expresión sublime de la comunión de los hermanos, con diversas imágenes les ayuda a comprender el camino que han recorrido:

«No he olvidado mi promesa. Yo les he prometido, a ustedes que han sido bautizados, una charla sobre el sacramento de la mesa del Señor, que ustedes ven todavía ahora y del cual ustedes han tomado parte la noche anterior. Deben saber qué es lo que han recibido, aquello que recibirán, y lo que ustedes deberían recibir cada día. Ese pan, que ustedes ven sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. La copa, o mejor aún, el contenido de la copa santificado por la palabra de Dios es la sangre de Cristo. Por ellos, el Señor Jesucristo, ha querido confiarnos su cuerpo y su sangre, que él ha derramado para remisión de nuestros pecados. Si ustedes los han recibido bien dispuestos, ustedes son lo que han recibido. El apóstol dice en efecto: “nosotros que somos muchos, sin embargo somos un solo pan, un solo cuerpo”. Así es como explica el sacramento de la mesa del Señor: “nosotros que somos muchos, sin embargo somos un solo pan, un solo cuerpo”.

Les demuestra con ese pan cuánto ustedes deben amar la unidad. Pues, ese pan, ¿se hace de un solo grano? Los granos de trigo ¿no eran por el contrario muy numerosos? Pero antes de ser pan ellos estaban separados; ellos han sido unidos por el agua, después de haber sido triturados. Si el trigo no es molido y amasado con el agua, no llegará a ser esa cosa cuyo nombre es pan. Ustedes también han comenzado por pasar de alguna manera bajo el mortero de la humillación del ayuno y del sacramento del exorcismo. Vino el bautismo y con el agua han sido de alguna manera amasados para convertirse en pan. Pero sin el fuego, eso no es todavía pan. ¿Qué simboliza, pues, el fuego, es decir la unción del óleo? Seguramente el óleo nutricio del fuego es el sacramento del Espíritu Santo. [...] Reflexionen pues y observen por qué medio el Espíritu Santo ha de venir en Pentecostés. He aquí cómo vendrá: él se aparece en lenguas de fuego. Él nos insufla la caridad para que, por ella, nosotros seamos inflamados por Dios y despreciemos el mundo, que hagamos quemar nuestras escorias y que nuestro corazón sea purificado como el oro. Viene pues el Espíritu Santo, después del agua, el fuego, y ustedes se convierten en el pan que es el cuerpo de Cristo. Así, de alguna manera está simbolizada la unidad» (*Sermo 227, 4-40*).

Los escritos y testimonios de aquella época nos hacen añorar la experiencia vivida por esos hermanos nuestros. Pero lejos de plantear una situación utópica, contrastante con las de nuestras comunidades actua-

les, es el mismo san Agustín quien en otra de sus predicaciones pascuales advierte a los *neófitos* sobre la importancia de perseverar en el seguimiento de Jesús y a los *fieles* la necesidad de ser buen ejemplo ya que los neófitos los contemplan para imitar las *costumbres de los mayores*...

«Aunque el espíritu está pronto, como la carne es débil, no debo entretenerlos mucho en el sermón después del cansancio de la noche pasada; pero unas palabras sí debo decírselas. Estos días que siguen a la pasión de nuestro Señor, y en los que cantamos el Aleluya a Dios, son para nosotros días de fiesta y alegría y se prolongan hasta Pentecostés, fecha en que fue enviado del cielo el Espíritu Santo que había sido prometido. De estos días, los siete u ocho en que nos encontramos se dedican a los sacramentos que han recibido los recién nacidos [neófitos]. [...] Ha nacido en ellos la vida, que en ustedes debe de tener ya sólidas raíces. Los que son fieles ya, denles ejemplo; pero no ejemplos que les conduzcan a la muerte, sino ejemplos que les sean de provecho. Los que acaban de nacer ponen sus ojos en cómo viven ustedes, los nacidos antes.

Esto lo hacen también los que nacen según Adán; primero son pequeños; luego, cuando comienzan a advertir las costumbres de los mayores, ponen sus ojos en ellos para imitarlos. Y, dado que el pequeño irá a donde le conduzca el mayor, es de desear que el mayor marche por buen camino, no sea que siguiéndolo perezcan el pequeño y el mayor. Por tanto, a ustedes, hermanos, que, a juzgar por el tiempo de su segundo nacimiento, son ya, en cierto modo, padres, a ustedes me dirijo y los exhorto a que vivan de manera que, en vez de perecer, se gocen con quienes los imitan. Supónganse que un recién nacido observa a un fiel que está borracho; mucho temo que se pregunte: “¿Cómo es fiel, si bebe tanto?”. Observa a otro que es usurero, o que da de mala gana, o es un terrible cobrador de impuestos, y se dice: “Yo haré lo mismo”. Se le replica: “Ya te cuentas entre los fieles, no lo hagas; estás bautizado, has vuelto a nacer; cambiada la esperanza, cambien las costumbres”. Y él, a su vez: “¿No son fieles aquel y aquel otro?”. No añadiré nada más, pues ¿quién puede ejemplarizar todos los casos? Por tanto, hermanos míos, si viven mal los que ya pertenecen al grupo de los fieles, tendrán que dar cuenta, mala cuenta, a Dios no solo de ustedes, sino también de estos. Y ahora me dirijo a estos para que sean grano en la era y no sigan a la paja, que es llevada de un lado a otro por el viento, y perezcan con ella; antes bien, quédense en la era sujetados por el peso de la caridad para llegar al reino de la inmortalidad. A ustedes, pues, hermanos; a ustedes, hijos; a ustedes, retoños nuevos de la madre Iglesia, les ruego, en nombre de lo que han recibido, que pongan sus ojos en quien los llamó, en quien los amó, en quien los buscó

cuando estaban perdidos, los iluminó una vez encontrados, para no seguir el sendero de los que se pierden, en quienes desentona el nombre de fieles. No se les preguntará por el nombre que llevan, sino por la concordancia entre vida y nombre. Si ha nacido, ¿dónde está la nueva vida? Si se cuenta entre los fieles, ¿dónde está la fidelidad? Escucho el nombre, pero quiero ver también la realidad. Elijan ustedes a quiénes imitar temiendo a Dios, entrando a la iglesia con temor, escuchando su palabra con atención, reteniéndola en la memoria, rumiándola con el pensamiento y cumpliéndola con los hechos; elijan ustedes a quiénes imitar. No diga su corazón: “¿Dónde podemos encontrar fieles así?”. Si ustedes lo son, los encontrarán. Cada cosa se asocia con la que se le parece: si vives perdidamente, solo otro perdido se unirá a ti. Comienza a vivir bien, y verás cuántos se te asocian, te rodean, y de cuánta fraternidad disfrutarás. Además, ¿no encuentras nada que imitar? Conviértete tú en objeto de imitación para otros» (*Ibid.*, 228, 1-2).

2 ESTILO HABITUAL

Con el paso del tiempo se irá conformando otro estilo de iniciar a la vida cristiana...

Por entonces en el *mundo*, al que la Iglesia había sido enviada y cuyos límites identificaba en ese momento con la actual Europa y costas del Mediterráneo –norte de África y este de Asia–, se convive una nueva realidad cultural.

A lo largo y a lo ancho de la extensión del imperio romano se va conformando lo que se podría llamar una *societas christiana*, en la cual *todos* son cristianos y en la cual se da plena y automática identificación entre «hombre» y «cristiano», entre la «sociedad civil» –Imperio– y la «sociedad religiosa» –Iglesia–: en este tipo de sociedad «no se puede nacer y no ser cristiano».

Durante el período patrístico, el catecumenado estaba estructurado para los adultos, a quienes el tiempo previo de catequesis preparaba para una mejor disposición a la gracia que iban a recibir con esclarecida conciencia y libre voluntad.

A medida que esta sociedad deja de ser en su mayoría pagana, el medio ambiente en que nacen las nuevas generaciones se transforma poco a poco.

Las costumbres se *cristianizan* y su influencia, lejos de oponer a los hombres a la evangelización, los prepara a la vida cristiana.

Desde entonces, la antigua praxis de iniciación cristiana irá dejando paso a una nueva, y exigirá profundizar en la reflexión de las nuevas circunstancias. En este estilo, al que podríamos llamar «habitual», ya que la iniciación cristiana adquirirá una dinámica familiar y cotidiana, las etapas descritas en el *catecumenal* experimentarán significativos cambios.

En una sociedad que se confiesa y es culturalmente cristiana no hace falta el primer anuncio que provoque la fe o busque una adhesión inicial a Cristo: esta, de alguna manera, se da *habitualmente*.

Los interlocutores adultos del estilo catecumenal de los primeros tiempos dejan paso a los destinatarios infantes y por tanto la etapa del catecumenado deja de tener aquella acentuación de reflexión y profundización en la Palabra de Dios y pasa a poner el acento en su dimensión ritual. He aquí un testimonio de los primeros *ordos sacramentales romanos*:

«Después el obispo bautiza a un niño, o a dos, o a los que desee, y los demás los bautiza el diácono que se designe. Los que sacan a los niños de la fuente bautismal los presentan en brazos a uno de los presbíteros. Este presbítero les hace con el pulgar mojado en el crisma la señal de la cruz en la coronilla. [...] Entonces el obispo sale de las fuentes y va a sentarse a la sede [...] Una vez vestidos [los niños] se sitúan por orden de inscripción, alrededor del obispo, y este pronuncia sobre ellos la oración con la que los confirma mediante la invocación de la gracia septiforme del Espíritu Santo. Terminada la oración, con el pulgar mojado en el crisma les hace la señal de la cruz en la frente [...] Hay que cuidar que esto no sea negligido en ningún caso, porque así es como todo bautismo legítimo queda confirmado con el nombre de cristiano. Después de esto, todos los niños entran en la misa y comulgan, para lo que hay que prever que después del bautismo no coman nada ni se les dé el pecho antes de comulgar. Y que luego, durante toda la semana de Pascua, que vengan a la misa todos los días y que sus padres presenten ofrendas por ellos. Este orden del bautismo, descrito según se celebra el sábado santo de Pascua, se celebra del mismo modo el sábado de Pentecostés»⁴.

⁴ *Ordo Romanus* XI, 96-105, en M. ANDRIEU, *Les ordines romani du haut moyen-âge* vol. 2, *Spicilegium sacrum lovaniense*, Lovaina 1960, 445-447.

Hasta aquí podríamos decir que la iniciación cristiana, si bien ha sufrido numerosas adaptaciones, sin embargo, ha conservado, tanto en la teoría como en la práctica, la comprensión inicial del proceso transformador del sujeto que acepta la Buena Noticia de la Salvación y se dispone por la inmersión en el misterio divino, fortalecido por el don del Espíritu, a hacerse uno con Cristo. Este proceso que se realiza interiormente, en el corazón del hombre, se manifiesta a través de ritos que expresan sus disposiciones o lo preparan para ello y de tres momentos sacramentales íntimamente vinculados que lo sellan con la gracia de Dios.

Sin embargo, la organización y definición del territorio encomendado a los obispos para su cuidado pastoral, agregará un elemento nuevo a la reflexión sobre la unidad dinámica de la iniciación ya que muchas veces la extensión territorial excede las posibilidades reales de atención, y generalmente, con dos realidades sociológicamente distintas, la comunidad circundante a la sede episcopal y las comunidades rurales.

Paulatinamente serán las parroquias los centros comunitarios donde se iniciará y celebrará habitualmente la vida cristiana, con vínculos cercanos y fraternos. El obispo asignado a una diócesis tendrá la encomienda de acudir oportunamente a las comunidades que están en su jurisdicción para su cuidado pastoral, dependiendo muchas veces de la extensión territorial, de la disponibilidad y el celo apostólico y de los recursos que alcance a disponer para ello.

Ante la imposibilidad de presidir el obispo la iniciación cristiana, fue necesario que los presbíteros, y aun a veces los diáconos, bautizasen a los catecúmenos de esas comunidades campesinas o urbanas, convirtiéndose los párrocos en ministros que presidían estas celebraciones *ordinariamente*.

A partir de entonces, o bien ellos mismos completaban la iniciación, con la anuencia del obispo, administrando la confirmación y la eucaristía bautismal, o bien postergaban su celebración hasta la visita pastoral del obispo.

Numerosos testimonios destacan que en muchas de las comunidades eclesiales romanas, españolas, francesas y de las iglesias orientales practicaban la primera opción⁵.

⁵ Cf. A. MOSTAZA RODRÍGUEZ, «El ministro de la confirmación», en Conc 38 (1968) 184-185. Refiere este autor en su artículo que enseña el Concilio de Riez que entre los derechos de los presbíteros, está «el de confirmar al neófito en la iglesia para la cual fue ordenado» e insiste,

Para la administración de los sacramentos deja de tener su exclusividad la Pascua; Pentecostés será una fecha de relevancia y posteriormente las fiestas de Navidad-Epifanía.

El lugar de las celebraciones será más allá de la sede episcopal, en los templos parroquiales.

Para occidente, al menos, este dinamismo pastoral tendrá una consecuencia ritual: una progresiva ruptura de la celebración unitaria de los sacramentos.

Por estos tiempos la reflexión intelectual en torno al *concepto de pecado original* y la *necesidad del bautismo para la salvación*, sumados al hecho sociológico de la *mortandad infantil*, suscitará en las comunidades la urgencia evangelizadora de acudir *cuanto antes* con la Buena Noticia de la gracia de Cristo y se promoverá la costumbre de bautizar a los niños *cuanto antes*, en latín «quam primum».

Así se puede percibir, tanto en el testimonio del bautismo de los hijos de los reyes, cuya anotación registra que se hacía a los pocos días de nacer —no más de tres—⁶, como en un anónimo testimonio del siglo XII:

«Está prescrito en los cánones que solo se bautice el sábado de Pascua o de Pentecostés, excepto en caso de necesidad. Pero este precepto se refiere a los adultos. En la Iglesia primitiva se bautizaba a adultos que, si estaban enfermos, podían decirlo y entonces se les bautizaba. Y el hecho de que varios se bautizaban al mismo tiempo realizaba la gloria del nombre cristiano. Pero esto no se aplica a los niños pequeños, pues, ¿quién está más enfermo que el niño de pecho incapaz de decir que está enfermo? Por lo tanto su bautismo no debe ser diferido, pues pueden morir por la más mínima cosa»⁷.

Ante estas consideraciones, en la dinámica de iniciación a la vida cristiana, todo lo que podría retrasar el *bautismo* desaparece; la *confirmación* se celebrará, como lo presentaban los rituales, *a continuación*

atribuyéndolo a san Juan Crisóstomo y san Epifanio, que «solo en la potestad de ordenar son los obispos superiores a los presbíteros».

⁶ Felipe Augusto nacido el 21 de agosto es bautizado el 22; Juan, el Bueno, nacido el 26 de abril es bautizado el 29 (cf. R. PÉNOUD, «L'initiation au Moyen âge», LO 14 [1951], 40).

⁷ ANÓNIMO DE LA ESCUELA DE ANSELMO DE LAÓN, en *Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale* 13 (1946), 271. (Esta cita está tomada de J. CABIÉ, «La iniciación cristiana», en A. G. MARTI-MORT [dir.], *La Iglesia en oración. Introducción a la Liturgia*, Herder, Barcelona 1987, 634).

del bautismo, precediendo a la eucaristía en una misma celebración secuencial.

El Concilio Lateranense IV (1215) establecerá que:

«Todo fiel de uno u otro sexo, después que hubiere llegado a los años de discreción, confiese fielmente él solo por lo menos una vez al año todos sus pecados al propio sacerdote, y procure cumplir según sus fuerzas la penitencia que le impusiere, recibiendo reverentemente, por lo menos en Pascua, el sacramento de la Eucaristía, a no ser que por consejo del propio sacerdote por alguna causa razonable juzgare que debe abstenerse algún tiempo de su recepción» (DH 812).

Estas consideraciones magisteriales, y la aparición, en los rituales, de la *confirmación* como una celebración autónoma⁸, llevarán a cierto ejercicio pastoral de las comunidades de la Iglesia en occidente, en el que se retrase la administración de la crismación, hasta la oportuna visita pastoral del obispo y la primera comunión eucarística hasta la edad del uso de razón; variando incluso el orden de la celebración de estos dos sacramentos.

Ante tal diversidad de criterios pastorales es interesante atender a la reflexión de dos pastores-teólogos de aquel tiempo: san Buenaventura (franciscano) y santo Tomás de Aquino (dominico):

«Parece que [para algunos] los sacramentos no están bien ordenados, pues primero hay que alimentarse, lo que se realiza por la Eucaristía, y luego confirmar, lo que es propio de niños alimentados. Respondo diciendo que aunque la Eucaristía sea el alimento que encierra todos los bienes, con todo, dice Agustín “es el alimento de los grandes y perfectos”; que es lo que se alcanza por aquellos dos sacramentos. Además, está la costumbre de la Iglesia moderna de primero confirmar a los niños antes de darles la comunión»⁹.

«Los sacramentos de la Iglesia están ordenados a venir en ayuda de los hombres en la vida espiritual la cual se conforma de algún modo con la vida corporal puesto que las cosas corporales son imagen de las espirituales. Manifiesto es que así como la vida corporal necesita generarse, por lo cual el hombre recibe la vida; y crecimiento por el cual el hombre perfecciona la vida, así también requiere de alimento para conservar la vida. De la misma

⁸ Cf. «Ordo ad Consignandos», 34, en M. ANDRIEU (ed.), *Le Pontifical Romain au moyen âge* vol. 2, Biblioteca Apostólica Vaticana, Vaticano 1940, 452-453.

⁹ SAN BUENAVENTURA, IV *Liber Sententiarum*, dist. VIII, pars I, dubia I.

manera, como para la vida espiritual fue necesario el bautismo, que es generación espiritual, y la confirmación, que es crecimiento espiritual, así también fue necesario el sacramento de la Eucaristía, que es alimento espiritual»¹⁰.

Según nuestra percepción, esta conjunción de contingencias fue llevando a que aquel *proceso unitario-integrador* de los primeros siglos derivara en una cierta *fragmentación* de la iniciación, que, por un lado, permitió valorar la autonomía de cada uno de los sacramentos que la conforman, pero, por otro, fue diluyendo la adecuada comprensión del proceso integral como tal.

Se puede señalar también que, mientras la práctica pastoral ensaya tales modificaciones en la secuencia sacramental de la iniciación cristiana, la reflexión teológica ayuda a recordar lo que la Iglesia ha vivido desde sus orígenes y procura entender de qué manera lo que se está desarrollando pastoralmente en ese momento está en comunión con la tradición.

Por su parte, las comunidades eclesiales de Oriente, no han variado, sino en detalles menores, la práctica de la iniciación. Dicha praxis se caracteriza por el hecho de que los sacramentos de la incorporación a Cristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia, forman una unidad. Por lo cual hay que subrayar que Oriente ha sabido conservar la fisonomía de la iniciación como *un gran sacramento* conferido en tres etapas sacramentales íntimamente unidas¹¹.

Los sacramentos de la iniciación eran –y son– administrados por el presbítero que está a cargo de la comunidad, reconociendo la *presidencia* del Obispo y expresándolo simbólicamente en el hecho de que el que bautiza, al *consignar-crismar-confirmar* lo hace con el crisma consagrado por el obispo o por el Patriarca correspondiente.

El que bautiza, a la vez que acompaña la triple inmersión del catecúmeno, pronuncia la fórmula trinitaria, expresada de modo pasivo. Después de varias oraciones el sacerdote unge con el *Myrron* haciendo

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica*, III. q.78 a.1. (Cf. *ibid.*, III. q.65 a.1.)

¹¹ Cf. A. M. TRIACCA, «Iniciación cristiana», en D. SARTORE / A. M. TRIACCA / J. M. CANALS (dirs.), *Nuevo Diccionario de Liturgia*, San Pablo, Madrid 1987, 1059; cf. HEINZ, «La célébration de la confirmation selon la tradition romaine», en QuLi 70 (1989), 255.

la señal de la cruz sobre varias partes del cuerpo. La celebración del sacramento de la confirmación está integrada con la celebración bautismal destacando su vinculación complementaria y plenificante.

Si el *bautismo* y la *confirmación* se han celebrado durante la misa, desde el baptisterio se conduce a los «nuevos cristianos» al encuentro con el resto de la comunidad y reciben, antes que los demás, la *Eucaristía* bajo las dos especies –si son niños, solo bajo la especie del vino (una gota sobre su lengua)–.

Si tuvieron ocasión de celebrarse independientemente de la celebración eucarística, comulgarán lo antes posible, en una de las siguientes misas.

Les he propuesto esta última consideración porque, más allá de ciertas variables menores en los ritos, los estilos catecumenal y habitual se han desarrollado indistintamente tanto en Oriente como en Occidente.

Será hacia fines del siglo xiv y comienzos del xv cuando empiece a conformarse un nuevo estilo.

Nuestra observación la enfocaremos en la Iglesia Católica de Occidente.

3 ESTILO ESCOLAR

Con el paso del tiempo se irá conformando otro estilo de iniciar a la vida cristiana. Poco a poco la iniciación cristiana en cuanto tal va perdiendo la importancia que tenía en los primeros siglos.

La celebración sacramental ha sufrido por estos tiempos numerosas adaptaciones, a tal punto que por esta época pareciera que se han desmembrado casi totalmente los momentos sacramentales que conformaban una única celebración.

La urgencia en el *bautismo* de niños lleva a practicar su celebración sin considerar demasiado su preparación; la celebración de la *confirmación* se enfrenta con la imposibilidad de fijar un momento propio y estable por la necesidad de recurrir a un ministro no siempre «a mano»¹²; la *primera*

¹² En el mejor de los casos, solo los habitantes de las villas episcopales podían contar con la celebración regular del sacramento. Y, a veces, ni eso: el obispo de Paderborn advierte, en

comunión eucarística se retrasa hasta la edad de la discreción, edad cuya definición involucra múltiples interpretaciones y genera las más variadas prácticas.

La iniciación cristiana se ha fragmentado. La preparación que en ella se desarrollaba se ha desdibujado tanto antes como después de recibir los sacramentos. La celebración de cada uno de ellos se distancia en tiempo y lugar, una de otra.

Semejante conmoción pastoral, litúrgica, espiritual, nos hace presumir que el concepto de *iniciación cristiana* como tal, como fuera entendido, propuesto y vivido desde los primeros siglos, sin duda ha sufrido profundas modificaciones. Tal situación socio-religiosa suscitará las críticas de humanistas y reformadores durante el siglo xv, hasta culminar en la extrema reacción de Lutero y los protestantes.

Estamos ante una sociedad que conserva una concepción cultural en la que se identifican la vida cristiana y la civil, pero una sociedad que entiende que si bien se nace en una cultura cristiana, «para ser cristiano en serio hay que *conocer* la fe».

En esta sociedad se supone que la fe, aunque cuestionada, es algo dado: se nace en una familia cristiana que respira una cultura cristiana y vive en una sociedad estructurada cristianamente.

El descubrimiento de «nuevos mundos»¹³ renovará en la Iglesia el entusiasmo misionero y un nuevo cuestionamiento en torno a la iniciación cristiana que la llevará a proponer, desde la experiencia vivida, otros modos y otra dinámica en la preparación y celebración sacramental.

Si bien después del Concilio de Trento se buscará llamar la atención sobre los adultos, en la práctica habitual de las comunidades, los *niños* siguen siendo los destinatarios principales de las propuestas sacramentales.

Ante los serios cuestionamientos que se difunden por entonces hay que fortalecer la instrucción religiosa para *conocer* lo que se es, y así

1586, que han pasado 40 años de la última celebración de confirmación en su catedral. La confirmación, por este tiempo, se va convirtiendo en un sacramento omitido por negligencia (cf. A. HEINZ, «La célébration de la confirmation selon la tradition romaine», a. c., 43-44).

¹³ En esta ocasión solo me detendré en la consideración de lo desarrollado en Latinoamérica.

poder vivir en plenitud y *defenderse* de los errores que se divulgan. En este tiempo proliferarán los *catecismos* entre las comunidades separadas y la Iglesia Católica publicará el propio desde Roma y en Latinoamérica, los Sínodos de Lima propondrán lo mismo.

El estilo de *iniciación* que se desarrollará por estos tiempos, si bien es muy similar al anterior, el acento puesto en el *adoctrinamiento* nos lleva a ponerle el nombre de «escolar».

La insistencia puesta en la enseñanza de la doctrina, requerida para vivir y confesar la fe verdadera, llevará al cuestionamiento de las *edades* más oportunas y de las cualidades necesarias del sujeto para la recepción de cada sacramento de la iniciación, precipitando en la ruptura definitiva de la unidad original de la iniciación cristiana de los primeros tiempos.

Dicho esto, detengamos nuestra mirada, por un lado en la evangelización de la Cristiandad europea y por otro en el desafío misionero que implicó la vinculación con el Nuevo Mundo.

❶ En la cristiandad europea

En Europa, uno de los grandes cuestionadores de la tarea evangelizadora fue Martín Lutero, quien al tener contacto con numerosas comunidades, como visitador agustino, percibe en ellas, lo que él consideraba una degradante superstición católica. Ante lo cual, y dado el reconocimiento e importancia que atribuye a la fe del creyente, buscará desarrollar una catequesis sencilla y vital que capacite para la aceptación pública y consciente del propio bautismo y de su pertenencia eclesial; esto lo moverá a plantearse y proponer una recomposición de la totalidad del proceso de iniciación.

De los sacramentos de la iniciación, para el teólogo de Wittenberg, la confirmación carece de sentido sacramental¹⁴, sin embargo, ciertas razones pastorales movieron a Lutero a instaurar una praxis de «confir-

¹⁴ Si bien en sus Lecturas sobre la Carta a los hebreos el teólogo agustino se ubica todavía en la tradición reconociendo que la confirmación es un sacramento distinto del bautismo y tanto uno como otro, no reiterables. Sin embargo pronto cambiará de parecer y en «La cautividad babilónica de la Iglesia» rechaza categóricamente la sacramentalidad de la confirmación y de otros sacramentos (LUTERO, M., «La cautividad babilónica de la Iglesia», en C. WITTHAUS [dir.], *Obras de Martín Lutero* vol. I, Paidós, Buenos Aires 1967, 178).

mación», articulándola secuencialmente entre el bautismo y la participación en la santa cena¹⁵. Esta «confirmación» luterana será más bien una ceremonia catequística en la que los niños eran invitados a renovar su adhesión a Cristo y a la Iglesia. Así, habiendo *confirmado* ellos su adhesión al Señor, se los incorporaba a la comunidad eclesial invitándolos a *comulgar* en la mesa del Señor. Es finalmente la primera comunión, preparada por la catequesis y la imposición de manos, la que confirma al bautizado en su adhesión a Cristo y su pertenencia a la Iglesia.

En el año 1548, escribirá un teólogo y seguidor de Lutero, en Estrasburgo, Martín Bucer:

«Los que han recibido el bautismo en su infancia deben ser instruidos de la fe cristiana por el catecismo, de tal modo que puedan confesarla delante de la comunidad de Dios. Ellos son, pues, confirmados por la oración de toda la comunidad y, siguiendo el ejemplo dado por el Señor, por la imposición de manos y por la Santa Cena, a fin de que perseveren en la fe y en la vida cristiana»¹⁶.

Juan Calvino reconoce solo dos sacramentos: el Bautismo, que «nos atestigua que somos lavados y purificados», y la Cena, que nos atestigua que «estamos redimidos»¹⁷. Por su parte la confirmación, siguiendo la línea de Lutero, no es un sacramento, la considera más bien «una instrucción cristiana con la que los niños, o quienes ya han pasado esa edad, diesen razón de su fe públicamente en presencia de la Iglesia»¹⁸, de tal manera que habiendo «confirmado» su fe puedan recibir la eucaristía¹⁹.

Otro camino transitará el planteo de la Iglesia anglicana, que verá amenazada la comunión con la concepción romana por la ruptura producida en 1534.

¹⁵ Cf. R. BORNERT, «La confirmation dans le protestantisme et dans l'anglicanisme», en MD 168 (1986) 81.

¹⁶ Cf. *ibid.*, 82. Por otra parte Felipe Jacobo Spener, pastor en Fráncfort-sur-le-Main, en Dresde y en Berlín, en 1677 redacta un catecismo donde advierte que «se debe absolutamente labrar, sembrar y cultivar el corazón de los jóvenes antes que las disposiciones implantadas por el Espíritu Santo en el alma de los niños en el momento del bautismo sean completamente ahogadas por el mal» (cf. *Ibid.* 84).

¹⁷ Cf. J. CALVINO, *Institución de la religión cristiana*, IV, 14, 22, Fundación Editorial de Literatura Reformada. Rijswijk 1968, 1023.

¹⁸ *Ibid.*, IV, 19, 13; 1149.

¹⁹ Cf. D. BOROBIO, *La Iniciación Cristiana*, Sígueme, Salamanca 1996, 250.

En orden al tema de la iniciación cristiana podemos decir que también la confirmación verá cuestionada su sacramentalidad por la comunidad anglicana. Conforme lo atestigua el *Prayer Book*, se la considera una ceremonia catequística en la que el niño debe saber de memoria y poder recitar en lengua materna, antes de ser presentado ante el obispo para ser confirmado, el credo, los mandamientos y el Padrenuestro. Por esta confirmación los niños (o los jóvenes) ratifican su compromiso bautismal y profesan públicamente su fe²⁰.

Hasta aquí podría decirse que quienes se separan de la concepción católica de la iniciación cristiana cuestionan la sacramentalidad de la confirmación pero consideran como edificante y catequístico mantener un cierto rito de *confirmación* donde *el cristiano bautizado* antes de sentarse a la mesa de la Santa Cena *confirme*, ratifique su fe y su deseo de vivirla, lo cual es acompañado por algún gesto y oración del que preside la comunidad.

La respuesta a tales cuestionamientos y las propuestas propias de la Iglesia Católica en torno al tema que nos ocupa saldrán a la luz en las distintas sesiones del Concilio Ecuménico de Trento.

Respecto de la iniciación cristiana como tal, considerada en su conjunto, ninguna sesión del Concilio se abocó a ella; sin embargo arribó a una serie de definiciones en teología sacramental que les propondremos considerar más adelante.

En los comienzos del mismo Concilio tridentino se había propuesto la elaboración de un *catecismo* para la enseñanza de los niños y adultos con escasa formación que ayudara incluso para *instruir* a los clérigos en la administración de los sacramentos de modo que, una vez instruidos los pastores, podrían estos *adoctrinar* a los fieles que tenían encomendados. Así, después de diversas vicisitudes, en 1566 se propondría a la Iglesia el *Catechismus ad parochos*.

Veamos cómo presenta este Catecismo para párrocos a cada uno de los sacramentos de la iniciación cristiana:

Acerca del bautismo, «puerta que nos introduce a la vida cristiana», «sacramento de la regeneración cristiana por medio del agua con la

²⁰ De este modo asume, la Iglesia anglicana, el esfuerzo catequístico promovido por Lutero. Cf. R. BORNERT, «La confirmation dans le protestantisme et dans l'anglicanisme», a.c., 95.

palabra». Cuando se refiera a la administración de este a los adultos destacará que...

«se les debe *enseñar* primeramente la religión cristiana, exhortándoles e invitándoles a abrazarla. Y solo cuando se hayan convertido convendrá amonestarles a no diferir el bautismo más del tiempo señalado por la Iglesia. [...] Sin embargo, “fue siempre costumbre de la Iglesia no admitir enseguida al bautismo a los adultos, sino retardarlo por algún tiempo”»... (CR 1, VIII, b, 381-382).

Téngase en cuenta que este retraso no era para otra cosa sino para examinar su disposición interior y para facilitarles una mayor instrucción. Para una mejor veneración del sacramento propondrá su administración para Pascua o Pentecostés. Al referirse a las disposiciones con que han de recibir el bautismo enseña que...

«es necesario tengan verdadera y seria “intención” de recibirlo. [...] es necesaria la fe para conseguir la gracia del sacramento. [...] es necesario también un verdadero arrepentimiento de los pecados cometidos en la vida pasada con el propósito sincero de no volver a cometerlos» (CR 1, VIII, c, 384-385).

Después del Bautismo aborda, en el capítulo siguiente, el sacramento de la Confirmación e introduce al tema de esta manera:

«Hoy más que nunca se impone un cuidadoso y reflexivo estudio de este sacramento y una clara explicación del mismo, cuando tantos cristianos descuidan su recepción y son poquísimos los que procuran sacar de ella todo el fruto de gracia que deberían [...] Cualquier cristiano puede recibir este sacramento después del bautismo; pero no conviene administrarlo a los niños que aún no tienen uso de razón. Aunque no es preciso dilatarlo hasta los doce años de edad, convendrá sin embargo, esperar a lo menos hasta los siete» (CR 2, I, 412; II, 2, VII, b).

Al abordar el análisis del sacramento de la Eucaristía, la vincula expresamente con el bautismo y la confirmación señalando que

«así como el Bautismo nos engendra a nueva vida y la Confirmación nos fortalece para resistir al demonio y confesar abiertamente el nombre de Cristo, así la Eucaristía nutre y sostiene la vida sobrenatural» (cf. CR 3, IV, 442-446).

② En el Nuevo Mundo Latinoamericano

América, con sus virtudes y limitaciones, desarrollará un proceso evangelizador verdaderamente llamativo.

La Iglesia enfrenta un desafío similar al de sus orígenes –anunciar el Evangelio a pueblos paganos– pero con una carga y experiencia histórica distinta –aciertos, añoranzas, conflictos–.

Habrà que revisar y adaptar su metodología evangelizadora: desde las circunstancias que influyen en la formación de los agentes hasta las situaciones que rodean a sus interlocutores.

Tengamos en cuenta, además, que España y Portugal –de donde procedían las iniciativas misioneras– se mantenían al margen de todo el cuestionamiento protestante.

En el proceso de iniciación es evidente que el primer paso es el anuncio del kerigma, que supone una predicación y catequesis elementales, en vistas a suscitar el interrogante que mueva a la conversión inicial y que se exprese en el deseo de participar del misterio salvador; el cual será saciado por su celebración sacramental a través del bautismo, la confirmación y la participación en la mesa eucarística.

Con esta unánime convicción enfrentaron los primeros misioneros la tarea evangelizadora. Pero aparecieron las diferencias a la hora de definir la intensidad y los contenidos de cada uno de esos momentos, el modo de evaluar los procesos y de acompañarlos.

Se podrían mencionar dos líneas claramente reconocibles. Una, la practicada por los *franciscanos*, en general, que, para el bautismo, consideraban como necesaria y suficiente una evangelización rápida, breve y adaptada a las circunstancias. Otra, la sostenida sobre todo, por *dominicos* y *agustinos*, que promovían un catecumenado como el primitivo, con sus contenidos, etapas y ritmo, adecuado a la situación del «indio» adulto. En función del catecumenado los misioneros elaboraron «catecismos»²¹ donde ponían de manifiesto la propuesta evangelizadora y sacramental.

²¹ Así fray Pedro de Córdoba (O.P.) elabora su Doctrina Cristiana utilizada en Santo Domingo desde 1510 y en México desde 1544; o fray Juan de la Asunción (O.S.A.), quien prepara el Catecismo utilizado en México por el año 1577 (cf. J. G. DURÁN, *Monumenta Catechetica Hispanoamericana* vol. 1, Publicaciones de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, Buenos Aires 1984). Además podemos señalar el Suplemento o enseñamiento del cristiano que prepara fray Juan de Zumárraga (O.F.M.) en su Doctrina Cristiana de 1546 para ser aprovechado en México; fray Luis Zapata de Cárdenas (O.F.M.) escribe el Catecismo para la edificación y conversión de los naturales en Santa Fe de Bogotá por el 1576 (cf. *Id.*, *Monumenta* vol. 2, 1990).

Destacada importancia tuvieron los concilios celebrados en Lima pues la iniciación cristiana fue el eje principal sobre el que giraron sus reflexiones.

Así lo atestiguan las actas del Primer Concilio Limense (1551-1552) y las sucesivas profundizaciones y adaptaciones de los concilios posteriores (II Limense, 1567-1568; III Limense, 1582-1583). En ellas se enseña «cómo y en qué manera han de ser los indios catequizados».

Desde los ocho años, a quienes se acerquen para pedir el bautismo se les pide que participen «a lo menos por espacio de treinta días» de un catecumenado en el que *se les enseñe la fe católica*, se les dé a entender de los errores vividos y se los mueva a arrepentimiento. Se les presente sumariamente los demás artículos de la fe, los diez mandamientos de la ley y todo lo que ha de guardar un buen cristiano; se les enseñe también las oraciones principales y se los examine sobre todo esto antes de acceder al sacramento del bautismo.

Para celebrar los bautismos no se fija fecha especial, solo se refiere «el primer domingo o fiesta, pasados los treinta días» del catecumenado. De este catecumenado están exentos los enfermos y los viejos²².

En el I Limense se manda que a los adultos se los instruya en su propia lengua, y que ninguno sea bautizado contra su voluntad²³. Cuando «declara qué sacramentos se les han de administrar a los indios», a los recién llegados a la fe, se remarca que, *por considerarlos aún no maduros*,

«solamente se les administren los sacramentos del bautismo, penitencia y matrimonio»; [también la confirmación si a los obispos] «les pareciere y vieren que conviene [...]». Y con sola su licencia [...] dar a alguno de los que pareciere que entienden lo que reciben, el santísimo sacramento de la Eucaristía»²⁴.

El concepto y desarrollo de la iniciación cristiana en el proceso de la primera evangelización de América muestra un encomiable esfuerzo de adaptación e inculturación por parte de los misioneros.

El «catecumenado» de la Iglesia primitiva sufre ciertas transformaciones. A diferencia de aquel que contaba con un tiempo abundante de

²² Cf. CONCILIO LIMENSE I, *Constitución de los naturales* 5.

²³ Cf. *ibid.*, 6-7.

²⁴ *Ibid.*, 14.

preparación –hasta tres años– jalonado por ritos que marcaban un crecimiento madurativo, y un breve tiempo, posterior a los sacramentos, para profundizar el misterio celebrado, este, en lo previo a la celebración sacramental, abarca un breve período, al menos treinta días, con escaso desarrollo de los ritos, y luego de la celebración del bautismo, seguía una especie de *catecumenado mistagógico* al que llamaban *Doctrina*. Teniendo en cuenta las diferencias culturales es difícil para los misioneros evaluar la madurez del proceso iniciatorio en los *bautizados*.

Si bien en un principio se enseñaba que «solamente se les administren los sacramentos del bautismo, penitencia y matrimonio»²⁵ no por otra razón sino por considerarlos inmaduros en la fe para acercarse a los otros sacramentos, la mutua comprensión y madurez pastoral llevará a los obispos, *insistiendo en no descuidar la catequesis previa*, a recomendar a los curas a que no dejen de darles el sacramento de la eucaristía al menos para Pascua y a quienes *les conste que estén preparados para ello*²⁶.

La celebración de la confirmación, teniendo en cuenta que, los territorios son mucho más extensos y la presencia o visitas del obispo se hacen más dilatadas, se torna muy esporádica. No obstante es reclamada y se amonesta a los obispos a no ser *negligentes* en la administración de este sacramento, «necesario para confortar con fuerza espiritual a los recién convertidos a la fe»²⁷.

Como se puede advertir, la celebración de los sacramentos de la iniciación se adapta a las circunstancias: el *bautismo*, puerta de los sacramentos, claramente no es el punto final del proceso de conversión, sino el comienzo; la administración de la *eucaristía*, es postergada también hasta el momento en que se considere que lo hacen verdaderamente con fe, después de una sincera *confesión* de todos los pecados y el propósito de enmienda de vida, y con piadosa reverencia y devoción²⁸; la *confirmación*, si bien se reconoce su necesidad y vinculación con el bautismo, sin embargo es postergada, porque, como recordamos, los territorios y

²⁵ Cf. CONCILIO LIMENSE I, *Constitución de los naturales* 14.

²⁶ Cf. CONCILIO LIMENSE III, *Segunda action* [en romance] 20.

²⁷ ZAPATA DE CÁRDENAS, «Catecismo» III, 35.

²⁸ Cf. CONCILIO LIMENSE III, *Sermón* XIII, 668.

la población eran muy vastos, y los obispos escasamente delegaban este ministerio aunque les era permitido hacerlo²⁹.

③ Rasgos comunes en la Iglesia católica de Occidente

La publicación del *Catecismo Romano* del Concilio de Trento en la segunda mitad del siglo xvi y la aparición del *Ritual Romano* de Paulo V a principios del siglo xvii inauguran un período que se caracteriza por un cierto inmovilismo en lo que se refiere tanto a la creatividad pastoral como a la praxis litúrgica de los sacramentos de la iniciación³⁰.

Además podemos señalar que en la práctica sacramental de la Iglesia católica occidental es común por entonces administrar por separado bautismo, confirmación y primera comunión; y no necesariamente en ese orden.

La preocupación por subsanar una extendida y rudimentaria instrucción religiosa puso en marcha un gigantesco esfuerzo de enseñanza religiosa a todos los niveles ya que no solo los niños, sino también sus padres y sus pastores, lo requerían.

Dado que era habitual en toda la Iglesia el bautismo de niños —más allá de ciertos cuestionamientos— y Trento había recordado el precepto del IV Lateranense, respecto de la comunión y confesión pascual de quienes tuvieran «uso de razón», había que *preparar* a los niños. Había que asegurar una formación que sus padres ya no les podían dar. De ahí que *la enseñanza del catecismo*, adaptado a la lengua materna, se convirtiera en «la obra de las obras»³¹.

Hasta Trento los niños eran iniciados y formados en la fe por sus padres; en el período posterior a aquel Concilio la iniciación a la vida cristiana quedará reducida a la primera infancia —de bebé hasta la edad del uso

²⁹ El papa León X, en 1521, en los inicios de la evangelización había autorizado a los franciscanos: «además en caso de necesidad, en la provincia donde no haya obispos, administren el sacramento de la Confirmación» (LEÓN X, «Alias felicis recordationis», en J. METZLER [ed.], *America Pontificia* vol. 1, Libreria Editrice Vaticana, Ciudad de Vaticano 1991, 160-161). Comenta Borobio que aun teniendo esta facultad fueron pocos los que la ejercieron, ya por respeto a la tradición occidental, ya por falta de elementos —santo crisma— (cf. BOROBIO, *La iniciación cristiana*, o. c., 439-440).

³⁰ El *Ritual Romano* de Paulo V estuvo en vigencia en la Iglesia latina hasta que se promulgaron los reformados por el Vaticano II en el Pontificado de Paulo VI.

³¹ E. DIEBOLD, «Du Concile de Trente au Décret *Quam Singulari*», en LO 14 (1951), 50-84.

de razón—; desde entonces, los niños —y también los adultos³²— deberán asistir al catecismo del domingo.

La advertencia del Catecismo Romano para recibir la Confirmación —«es conveniente no hacerlo antes de que los niños tengan uso de razón»— revela esta preocupación por la *instrucción*, que indujo a su vez a situar la administración del sacramento como corolario de la participación en el «catecismo de niños».

La aparición de congregaciones dedicadas a la educación y el acento puesto en la *instrucción religiosa*, trasladan el escenario habitual del «catecumenado», de la parroquia a la escuela³³ y va cobrando fuerza, a lo largo del siglo xix, la tendencia a hacer coincidir la confirmación con el término de la escolaridad (11-12 años).

En el lenguaje corriente también se constata una variación de significado. El concepto de *crismación* dejará lugar casi definitivamente al de *confirmación*, con lo cual se inducirá, sin pretenderlo, a trasladar el eje de comprensión de la naturaleza del sacramento.

Hasta Trento inclusive el concepto *confirmación* destacaba sobre todo el místico efecto del rito sacramental, la acción divina que hacía del cristiano un *ungido*, ahora, se extendía entre el pueblo creyente una equívoca interpretación, más propia de las reflexiones de las iglesias separadas, por la cual al hablar de *confirmación* se acentuaba la acción por la que ese cristiano podía *reafirmar* de modo personal y consciente las promesas bautismales que en otro tiempo —tal vez en su primera infancia— hicieran por él sus padrinos.

En ocasiones esto llevó a postergar la confirmación y administrarla después de la primera Comunión³⁴. Esta práctica se fue extendiendo particular-

³² Dice un sermón a comienzos del siglo xvii: «Yo los exhorto a los padres y madres aquí presentes que han de enviar a sus hijos al catecismo y venir ustedes mismos con ellos, considerando el pesar que ustedes tendrán un día, si ustedes y sus hijos son condenados faltos de saber lo que es necesario saber, teniendo el medio fácil para evitarlo». Esta es la convicción imperante por estos tiempos: Sin catecismo no hay salvación (cf. *ibid.*, 59-60). (El subrayado es nuestro).

³³ Cf. P. STELLA, «La confermazione nella catechesi e nella pastorale da Trento al Vaticano I», en Riv Li 59 (1972), 350-351.

³⁴ Relata el Ritual de Toulon —1748—: «Con el fin de asegurar que los niños que se presentan en esta diócesis para confirmarse estén suficientemente instruidos, se ordena que solo se confirmen después de haber hecho la primera comunión». (Este texto se encuentra citado en I. OÑATIBIA, *Bautismo y Confirmación*, BAC, Madrid 2011, 88).

mente en Francia, Bélgica y Austria. No obstante aparecen recomendaciones pastorales³⁵ que pretenden corregir –sin demasiada aceptación– esta corriente.

El decreto *Quam Singulari* de san Pío X establece que la «edad de la discreción, tanto para la confesión como para la comunión, es aquella en la que el niño empieza a razonar»; desde entonces empieza la obligación de satisfacer los preceptos de la confesión y la comunión eucarística pascual (cf. DH 3530). Como tal, en teoría, no se verá afectada la unidad de la iniciación cristiana y deberíamos considerar desde entonces oficialmente incorporada la penitencia –segundo bautismo– a este proceso de identificación con Cristo.

La aplicación pastoral de este decreto contribuirá a difuminar la vinculación y celebración de los sacramentos de la iniciación, ya que de alguna manera convalidó la costumbre de que los niños recibieran la Penitencia y la Eucaristía antes de ser confirmados –recordemos que normalmente esta se administraba al término de la escolaridad–. Sin embargo por otro lado el Código de Derecho Canónico de 1917 seguía considerando oportuna –como el Catecismo Romano– la edad de 7 años para recibir la Confirmación.

Ante la constatación de una extendida ignorancia religiosa de las masas, la Iglesia Católica insistirá en la difusión y aprendizaje del Catecismo, tanto para niños como para adultos. Desde Trento hasta mediados del siglo xx:

«siempre fue misión y deber esencial de la Iglesia el predicar la verdad revelada, hoy más que nunca representa una necesidad urgente, a la que debe dedicarse todo el posible interés y celo, porque los fieles necesitan, como nunca, nutrirse con auténtica y sana doctrina, que les dé fuerzas y vida. [...] Ya expongamos las verdades de la fe, o los motivos de la esperanza, o los deberes de la actividad moral, recalquemos siempre y en todo el amor de nuestro Señor, hasta hacer comprender a los fieles que todo ejercicio de perfecta virtud cristiana no puede nacer más que del amor, ni puede tener otra finalidad que el amor. [...] Si en toda disciplina es de supremo interés la

³⁵ León XIII escribe al arzobispo de Marsella alabando su celo por asegurar que los niños recibieran la confirmación antes que la primera comunión porque de esa manera «se hacen más aptos para recibir más tarde el sacramento de la Eucaristía y, cuando lo reciben, perciben frutos más abundantes». (Texto citado también en I. ONATIBIA, *Bautismo y Confirmación*, o. c., 88).

elección y observancia del método, de manera especialísima debe serlo cuando se trata de la formación espiritual de las almas. Es preciso tener en cuenta la edad, ingenio, mentalidad y condiciones de vida de cada uno de los oyentes. Quien enseña debe conseguir efectivamente hacerse todo para todos, a fin de ganarles a todos para Cristo (1Co 9,22); debe ser ministro de Cristo y fiel dispensador de los misterios de Dios (1Co 4,1-2) y hacerse digno de ser colocado un día por el Señor sobre todos sus bienes como siervo bueno y fiel (Mt 15,23)» (CR, Prólogo I. IV, a-b).

«El mundo sufre males dolorosísimos, pero pocos tan transcendentales como la ignorancia religiosa, en todas sus clases; urgen en la sociedad enérgicos remedios, pero pocos tan urgentes como la difusión del Catecismo. Los padres en el calor del hogar, los maestros en la seriedad de la escuela, los sacerdotes en el santuario del templo y en todas partes pueden, deben prestar a la humanidad el insuperable servicio de abrir con el Catecismo a las nuevas generaciones los tesoros de la doctrina católica y formarlas en él, para que, bien empapadas de espíritu cristiano, enamoradas de la verdad, de la justicia y de la caridad del Evangelio, encendidas en el amor de Jesucristo, pueda edificarse sobre ellas la paz futura, la única paz digna de este nombre que es la paz cristiana»³⁶.

4 Un estilo nuevo: Kaino-catecumenal

«*El estudio de la situación de nuestras naciones ha evidenciado una vez más que, si por una parte el inmenso don de la fe católica sigue siendo, gracias a Dios, patrimonio común de todas ellas, por otra es indispensable que dicho patrimonio se incremente de manera que esa misma fe se difunda más y más e informe integralmente el pensamiento, las costumbres y las instituciones de nuestro Continente. Para ello es ante todo indispensable un Clero numeroso, virtuoso y apostólico, que pueda realizar una obra más amplia y profunda de evangelización, como América Latina lo exige con urgencia. [...] La Santa Iglesia, por disposición de Dios, es la depositaria de la doctrina cristiana que, fundándose en los principios eternos e indestructibles de la verdad divina, da la solución de todos aquellos problemas que tocan directa o indirectamente la vida espiritual y moral del hombre, para que este realice plenamente su condición de hijo de Dios y se haga digno de las promesas*

³⁶ Pío XII, Radiomensaje con motivo de la Clausura del Congreso Catequístico de Barcelona, Roma, 07-04-1946.

del Cielo. Pero *esta doctrina es conocida demasiado superficialmente*, y por eso los enemigos de la fe pueden tan frecuentemente sembrar la duda para cosechar la indiferencia y hasta la apostasía o la irreligiosidad»³⁷.

Desde mediados del siglo xx la Iglesia, ya por la voz de sus Pontífices³⁸, ya por la voz de sus obispos (como la citada de la Conferencia de Río), ya por los trabajos y documentos del mismo Concilio Vaticano II (cf. ES; EN; GS...) ha reconocido y señalado que la sociedad vive un proceso de secularización que afecta las raíces más profundas de sus costumbres y convicciones; proceso que tiene múltiples causas pero cuya manifestación más clara es el olvido de Dios o la indiferencia religiosa y una alteración de los valores que ordenan las relaciones humanas.

Esta situación será reiteradamente abordada por el magisterio posconciliar reclamando, a nuestro entender, un nuevo estilo de iniciación cristiana.

Ante la *ruptura entre Evangelio y cultura* que se da en nuestro tiempo se reclamará «hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas» (cf. EN 20).

El estilo que la Iglesia empieza a soñar para iniciar en la vida cristiana a sus hijos deberá estar marcado, pues, por un fuerte acento *kerigmático*, que atravesase todo el proceso evangelizador y no se detenga solo en un primer anuncio inicial.

Se reconoce en la *Evangelii nuntiandi* que la evangelización es un *proceso complejo* y por lo tanto habría que procurar que sus variados elementos —«renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado» (EN 24)— no sean propuestos ni vividos como momentos aislados, sucesivos o excluyentes, sino como complementarios y mutuamente enriquecedores.

Aquella exhortación que había resonado en la primera reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana reunida en Río de Janeiro —«realizar una obra más amplia y profunda de evangelización, [...] con

³⁷ Río, Declaración I-II.

³⁸ Cf. Pío XII, *Evangelii Praecones*, Roma, 1951; y numerosas homilías y radiomensajes (ver cita anterior); JUAN XXIII, *Alocución a los presidentes de Acción Católica*, Roma 1962; entre otros...

urgencia»³⁹— repercutirá con intensidad en toda la Iglesia; una vez más en Latinoamérica con ocasión del V centenario de la evangelización y más tarde en el mundo entero en atención al Gran Jubileo del segundo milenio del cristianismo, en sucesivas Conferencias del Episcopado Latinoamericano y Caribeño, en el llamado a un Sínodo sobre «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» y finalmente en la exhortación *Evangelii gaudium*: urge una renovada acción evangelizadora.

«La Iglesia quiere realizar en estos tiempos una Nueva Evangelización que transmita, consolide y madure en nuestros pueblos la fe en Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. [...] Hablar de Nueva Evangelización no significa que la anterior haya sido inválida, infructuosa o de poca duración. Significa que hoy hay desafíos nuevos, nuevas interpelaciones que se hacen a los cristianos y a los cuales es urgente responder. [...] La Nueva Evangelización es algo operativo, dinámico.

Es ante todo una llamada a la conversión y a la esperanza, que se apoya en las promesas de Dios y que tiene como certeza inquebrantable la Resurrección de Cristo, primer anuncio y raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana, principio de toda auténtica cultura cristiana. Es también un nuevo ámbito vital, un nuevo Pentecostés [...] Es el conjunto de medios, acciones y actitudes aptos para colocar el Evangelio en diálogo activo con la modernidad y lo post-moderno, sea para interpelarlos, sea para dejarse interpelar por ellos. También es el esfuerzo por inculturar el Evangelio en la situación actual de las culturas de nuestro continente» (SD, Conclusiones 12.24).

Estas palabras dichas en la Conferencia General de los obispos latinoamericanos en Santo Domingo sintetizan el magisterio y el ministerio apostólico de los Papas que han conducido a la Iglesia desde el Concilio Vaticano II hasta el presente.

Una fuerte convicción resplandece en la conciencia misionera de la Iglesia y de cada cristiano que se sabe discípulo de Jesucristo, miembro vivo del Pueblo de Dios: «el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— está llamado a recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradie el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo» (cf. EG 10. Cf. EN 80).

³⁹ Cf. Río I.

Esta luminosa conciencia, expresada de distintos modos en el magisterio, a través de palabras, gestos y exhortaciones por distintas circunstancias, no logra, en muchas ocasiones, «afectar» al servicio que la catequesis brinda en la aventura evangelizadora *en Argentina* (ECOS, Introducción), particularmente en torno tanto en su tarea de colaborar en la iniciación a la vida cristiana, como en el acompañamiento que requiere la propuesta del itinerario catequístico permanente...

A lo largo de estos años posteriores al Concilio Vaticano II, sin dejar de velar por los infantes, habrá un fuerte reclamo por la *evangelización* de los responsables de su iniciación en la vida de la fe.

Está claro que los bebés no pueden responder por sí mismos en este proceso evangelizador pero sí sus padres, padrinos y educadores en general. De ahí que se buscara articular una pastoral bautismal dirigida a los adultos que acompañan a quienes son bautizados en su primera infancia.

Se urgirá la recuperación e instauración del catecumenado, tanto para adultos como para niños en edad catequística (*cf.* SC 64; AG 14), esto es, con uso de razón. Un catecumenado vivido como un itinerario libremente transitado por quienes han respondido a la invitación del Señor, un itinerario litúrgico-catequístico, un camino gradual, por etapas, realizado en el ámbito de una comunidad cristiana, en el que se vaya expresando, por parte de quienes participan, cierta maduración en la vida de fe.

En el proceso evangelizador, particularmente en el momento dedicado a la iniciación cristiana, la catequesis tiene un lugar primordial e indispensable.

«La iniciación cristiana, que incluye el kerigma, es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado. Nos da también, la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de la iniciación y profundizar en su rico sentido. *La iniciación cristiana, propiamente hablando, se refiere a la primera iniciación en los misterios de la fe*, sea en forma de catecumenado bautismal para los no bautizados, sea en la forma de catecumenado postbautismal para los bautizados no suficientemente catequizados. Este catecumenado está íntimamente unido a los sacramentos de la iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía. Habría que distinguirla, por tanto, de otros procesos catequéticos y formativos que pueden tener la iniciación cristiana como base» (DA 288).

Es importante advertir que al hablar de «catecumenado» no se está simplemente cambiando un nombre para hablar de lo mismo. No se trata

meramente de una «preparación pre-sacramental» o de una catequesis preparatoria para la recepción de algún sacramento de la iniciación.

El *catecumenado* fue vivido entre las primeras comunidades y debería ser propuesto hoy como parte del «gran sacramento»; no como una mera instrucción preliminar, sino como una ejercitación, un entrenamiento espiritual, un ensayo progresivo cuyas etapas sean transitadas libremente por los catecúmenos, de tal manera que estas, las etapas recorridas, forman parte constitutiva del sacramento mismo.

Este gran sacramento –y cualquier sacramento en particular– no es la simple realización de un acto litúrgico, sino un proceso, un largo camino, en el que Dios ha tomado la iniciativa y reclama la contribución y el esfuerzo de todas las facultades de quienes lo transitan: entendimiento, voluntad, corazón.

Como advertía en su momento el Cardenal Joseph Ratzinger «la disyunción [ha tenido en este tema] funestas consecuencias; ha desembocado en la ritualización del sacramento y en el adoctrinamiento de la palabra»⁴⁰, lo que termina desvirtuando uno de los datos esenciales de lo cristiano: la unidad.

Si solo nos ocupáramos de preparar para que participaran de la liturgia sabiendo las respuestas que correspondan o los gestos que se deban realizar para que el escenario se vea agradable y lindo para la foto o el video podríamos caer en la simple ritualización; si solo nos preocupáramos de que aprendieran una serie de contenidos para que los repitan en algún momento que pudieran ser interrogados podríamos caer en un mediocre adoctrinamiento...

En realidad estamos llamados a ocuparnos de lo uno sin descuidar lo otro y aún más: anunciar la Buena Noticia y facilitar el acogimiento de la propuesta de Dios, que los invita a participar de su vida, ayudarlos a comprenderla y a expresar su respuesta con palabras y gestos articulados entre sí, de tal manera que manifiesten su fe en la obras, y la celebren con ánimo religioso y eclesial acompañados por la misma comunidad en la que se integran y están llamados a participar activamente.

Será importante comprender que la iniciación a la vida cristiana ha de estar en función de las personas y no viceversa. En consecuencia tie-

⁴⁰ Cf. J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1985, 40. Citado en A. CAÑIZARES / M. DEL CAMPO, *Evangelización, catequesis, catequistas*, Edice, Madrid 1999, 156.

ne que ser superada la praxis de proponer a los posibles catecúmenos –sean niños, adolescentes, jóvenes o adultos– *un único camino basado en el ritmo y esquema del ámbito escolar*. El discernir las «disposiciones religiosas» con que acuden los posibles catecúmenos debe ser tomado con la seriedad necesaria a fin de configurar con mayor claridad el itinerario más conveniente para cada catecúmeno o grupo de catecúmenos.

Los contextos de vida en los cuales viven quienes acuden a nuestras parroquias para iniciarse en la fe son multiformes y esto nos obliga a saber recibirlos respetando a cada uno tal como es. Al mismo tiempo es indispensable observar y reconocer que tales circunstancias son diversas, fluidas y mutantes; a tal punto que el mismo sujeto puede pasar fácilmente de un ambiente donde se vive cristianamente a otro totalmente opuesto.

En la enseñanza del magisterio y en los rituales se insistirá en destacar la importancia de la celebración unitaria de los sacramentos para que se ponga de manifiesto «la unidad del misterio pascual, la relación entre la misión del Hijo y la efusión del Espíritu Santo» (RICA 34).

Sin dejar de reconocer lo que cada uno de los sacramentos actúa propiamente, se nos invita a observar la influencia que tienen en el proceso global y cómo se articulan en mutua interrelación. «Los sacramentos del bautismo, de la confirmación y de la santísima Eucaristía están tan íntimamente unidos entre sí» (CIC 842 §2) a tal punto que se enseña con insistencia que esta unidad «debe ser salvaguardada» (CEC 1285).

Basados en esta afirmación nos hemos referido a la Iniciación Cristiana como «un gran sacramento».

Si bien se respetan las variadas fechas en que esta puede celebrarse se acentúa y destaca la importancia de celebrarla en torno a la Pascua y se resalta la figura del obispo, a quien podría aplicarse el apelativo de *ministro originario* de la iniciación cristiana.

Aquel momento mistagógico del modelo catecumenal unido a la convicción de que la evangelización ha de ser un proceso de permanente actualización, se propondrá prolongar el seguimiento discipular misionero recorriendo un *itinerario catequístico permanente*.

Este estilo nuevo, que nos invita a poner nuevamente la mirada sobre aquel modelo original, que más arriba llamamos «catecumenal», asumiendo la riqueza y transformaciones con que la Iglesia lo ha vivido a lo largo

de su historia, a este nuevo estilo que sueña la Iglesia para abordar el gran desafío planteado en nuestro tiempo, les propongo llamarlo: «kaino-catecumenal»⁴¹.

Como les adelantaba en la introducción, si se quiere desarrollar una fervorosa misión continental, nuestras comunidades están llamadas a asumir el *gran* desafío una conversión pastoral que les lleve a renovar el estilo con que estamos iniciando a la vida cristiana a quienes, tocados por la iniciativa de Dios, se disponen a seguirlo a Jesucristo. Sin duda esta tarea exigirá *decisión, valentía y creatividad*, es lo que ensayamos con la propuesta del proyecto Kainos y los recursos que lo acompañan.

Les propongo adentrarnos en esta modalidad operativa cuya reflexión ofrecida en estas páginas lleva más de 20 años madurados por la experiencia de catequistas y pastores que se han animado a llevarla a la práctica, aunque, es cierto, con diferente intensidad según las realidades...

¡VAMOS! Reflexionemos sobre el *qué* de la Iniciación cristiana, *un gran sacramento* que le ofrece al creyente la oportunidad de vivir la experiencia gozosa de la transfiguración por la inserción real en Cristo, que por la fuerza de su Misterio Pascual, lo hace participar de la comunión con el Padre en el Espíritu Santo; y por lo mismo lo introduce en el misterio de la santa fraternidad que es la Iglesia y lo asocia a su misión.

¡VAMOS! Reconozcamos las distintas responsabilidades de *quienes* interactúan. Quien nos primerea es Dios, que en su iniciativa salvífica quiere alcanzar a todas las personas de todos los tiempos. Pero esta iniciativa

⁴¹ Es un neologismo que nos permite expresar con mayor precisión lo que luego hemos de desarrollar. El prefijo que hemos latinizado como «kaino» lo tomo del griego *καίνος*, que significa renovar, hacer algo nuevo o de nuevo, sin olvidar su origen.

A diferencia del prefijo neo –*νέος*–, que se refiere más bien a algo reciente –aunque se lo utilice a veces para aludir a la idea de una nueva aparición de algo que otrora aconteciera– o del prefijo ana –*ἀνά*– que alude a la reiteración de un hecho, *kaino* evoca el concepto de aquello que conserva la identidad original pero asume transformaciones. En este caso, *kaino-catecumenal*, nos permite aludir al concepto catecumenal advirtiéndole que no se trata ni de una experiencia reciente –neo– ni de una simple reiteración desfasada del tiempo o impostada –ana–, sino de un estilo, un modelo, una propuesta que, conservando sus rasgos e intuiciones más profundas, se propone asumir los datos que son fruto de la experiencia pastoral vivida a lo largo de la historia posterior y de una consecuente y basta reflexión teológica. (cf. J. PABÓN S. DE URBINA, *Diccionario Manual Griego Español*, Biblioteca Vox, Barcelona 1998; M. BALAGUER, *Diccionario Griego Español*, Compañía Bibliográfica Española, Madrid 1963; GROUP DE PROFESSEURS AGRÉGÉS DES LYCÉES DE PARIS, *Dictionnaire Français Grec*, Librairie A. Hatier, París 1959).

se manifiesta, se encarna, en la acción evangelizadora de la Iglesia y sus comunidades, que anuncia el kerigma y acompaña a quienes lo acogen. De ahí que no debamos dejar de observar y respetar la responsabilidad del creyente que responde con su acto de fe y con su compromiso (o no) como discípulo misionero en la Comunidad eclesial.

¡VAMOS! Contemplemos el *cómo*, en la pedagogía de Dios y en la metodología catequística más adecuada. Dios que nos ha hecho a su imagen y semejanza conoce nuestros sucesivos grados de desarrollo, y sabe que no siempre le respondemos favorablemente a sus propuestas. El discípulo iniciado en la vida cristiana recibe un don destinado a crecer.

La metodología catequística que se desarrolle en este proceso debería contemplar la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. Gradualidad, que no solo se refiere a la acción y prudencia maternal de la Iglesia que acompaña, sino también a la respuesta de los catecúmenos-catequizandos.

¡VAMOS! Valoremos los distintos lugares que colorean el *dónde* se desarrolla. Inspirados en el Directorio General para la Catequesis podemos decir que «La comunidad cristiana es el origen, lugar y meta» de la iniciación.

Ella anuncia el Evangelio, invitando a hombres y mujeres a convertirse y seguir a Jesucristo; es Ella misma la que acoge a los que desean conocer al Señor y adentrarse en su Vida nueva; es Ella la que los acompaña y con solicitud maternal, los hace partícipes de su propia experiencia de fe y misión. La tarea evangelizadora tendrá siempre estos rasgos comunes pero los «lugares» donde se realice la colorean, cada uno con características originales (cf. DGC 254).

Lo reafirmamos una vez más, y cuánto desearía, querido hermano que te sumás a la reflexión de esta propuesta, que vos también estuvieras convencido de que, dedicando este tiempo para dialogar sobre esta modalidad operativa y animándote a implementar en tu comunidad la renovación catequística a la que somos llamados, estamos dando pasos concretos de una conversión pastoral que nos lleva a asumir juntos «el desafío de la nueva evangelización, a la que hemos sido reiteradamente convocados» (cf. DGC 254).

¡VAMOS!

Índice

RENOVEMOS EL «ENTUSIASMO EVANGELIZADOR, Mons. Rubén O. Frassia	3
SER CRISTIANOS ES LO MEJOR QUE NOS PASÓ EN LA VIDA, SER CATEQUISTAS ES CASI LO MEJOR. Mons. Nicolás Baisi.....	5
PRÓLOGO. HACER POSIBLE, VIABLE Y FECUNDO EL PROCESO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA, Pbro. Alejandro J. Puiggari	7
LA PROPUESTA KAINO-CATECUMENAL, Pbro. Lic. Ricardo Montiel	9
INTRODUCCIÓN. VAMOS A PESCAR.....	11
I. DESDE LOS TIEMPOS APOSTÓLICOS	23
1. Estilo catecumenal	24
2. Estilo habitual	29
3. Estilo escolar	35
1. En la Cristiandad europea	37
2. En el Nuevo Mundo Latinoamericano	40
3. Rasgos comunes de la Iglesia católica de Occidente	44
4. Un estilo nuevo: Kaino-catecumenal	47
II. UN ACONTECIMIENTO SALVÍFICO	55
1. Un gran sacramento: el <i>qué</i> de la iniciación cristiana	55
2. Una sinergia eclesial: el <i>quién</i> de la iniciación cristiana	61
3. Un itinerario gradual: el <i>cómo</i> de la iniciación cristiana	86
4. Una comunidad discipular y misionera: el <i>dónde</i> de la iniciación cristiana	105
III. CONSIDERACIONES PASTORALES	115
1. La persona del catequista y su formación	115
2. La articulación de los contenidos	119
3. Un proyecto global, articulado y coherente	123
4. Un itinerario, diversos trayectos, diferentes ritmos	127
1. Trayecto bautismal	130
<i>La puerta de la vida en el Espíritu</i>	130

2. Iniciación cristiana de niños	138
<i>Dejen que los niños se acerquen a mí.....</i>	138
<i>Una tarea irrenunciable para la comunidad parroquial</i>	141
3. Iniciación cristiana de jóvenes	148
<i>Joven, levántate.....</i>	148
<i>Desafío que exige decisión, valentía y creatividad</i>	151
4. Iniciación cristiana de adultos	158
<i>¡Ánimo, levántate! Él te llama.....</i>	158
<i>Módulo inspirador de todo catecumenado</i>	160
<i>Una cosita rápida</i>	162
<i>Una catequesis «a la carta»</i>	163
5. Iniciación cristiana de personas con capacidades especiales.....	164
<i>Anuncien la Buena Noticia a todos... ..</i>	164
CONCLUSIÓN. ECHEMOS LAS REDES	167
SIGLAS Y ABREVIATURAS.....	171